

CIRCULARES

1º de noviembre de 1973

CHARLA SOBRE LA ORACIÓN



HERMANOS MARISTAS DE LA ENSEÑANZA
Casa General. - Piazza M. Champagnat, 2 - (C.P. 10250)
00144 ROMA. - Italia

CHARLA SOBRE LA ORACIÓN



HERMANOS MARISTAS DE LA ENSEÑANZA
Casa General. - Piazza M. Champagnat, 2 - (C.P. 10250)
00144 ROMA. - Italia

SUMARIO

CHARLA SOBRE LA ORACION

Prólogo	página 395
A) - Concretando el tema	» 397
I - El problema	» 397
a) Un hecho: la oposición a la oración	» 397
b) El problema que plantea este hecho	» 397
II - <i>Tres realidades</i>	» 399
a) La oración es una realidad vivida	» 399
b) La oración se encuentra presente en todas las religiones	» 399
c) Pero nosotros somos cristianos y el cristianismo tiene una revelación sobre la oración	» 400
III - <i>Interrogantes.</i>	» 402
IV - <i>¿Cómo responder?</i>	» 403
a) Desde fuera	» 403
b) Desde dentro	» 403
c) Discusión en torno a un método	» 404
V - <i>Intento de respuesta.</i>	» 406
a) Oración y trascendencia	» 407
b) Necesidad sico-teológica	» 409
1 - Necesidad de expresar lo que se siente	» 413
2 - La oración necesaria para la vida bautismal	» 413
c) Dios, hecho hombre, ora	» 414
d) La oración es la expresión del corazón de tres personas	» 418
1 - El «yo» individual	» 419
2 - «Yo», miembro de la Iglesia	» 420

3 - «Yo», miembro de una comunidad.	»	421
... dinamismos diversos	»	422
1) Carnal	»	423
2) Natural.	»	424
3) Proyecto de construir un mundo mejor.	»	424
4) La historia de la salvación	»	424
VI - <i>Conclusiones de las cuatro definiciones</i>	»	425
B) - Buscar soluciones	»	427
I - <i>Origen de la apatía por la oración</i>	»	427
a) el formalismo vivido en épocas anteriores	»	427
b) la «concesión regresiva».	»	428
II - <i>Dos observaciones importantes</i>	»	428
a) Acentuar la oración personal	»	428
b) «Redimensionar» la secularización	»	429
III - <i>Remozamiento de la oración</i>	»	429
a) Hechos observados: 1, 2, 3, 4, 5.	»	429
b) Criterios sólidos para el remozamiento en la oración.	»	431
1 - Fundamento de tales principios	»	433
2 - Oración que nazca del Espíritu.	»	434
3 - Oración coherente	»	434
4 - La oración nos comunica la mentalidad de Dios	»	435
5 - Oración eclesial	»	436
c) Los ritmos	»	440
d) Cometido y etapas de la oración	»	440
1 - Iniciación.	»	440
2 - Personalización	»	440
3 - Sobriedad	»	440
4 - Un problema.	»	440
5 - Estructuras	»	441
e) Problemas de la oración comunitaria	»	442
1 - Plegaria en común y plegaria comunitaria	»	442
2 - Rezar con las constituciones	»	444
f) Etapas de la oración comunitaria	»	448
1 - Libros.	»	448
2 - Estructuras:	»	449
· el lugar	»	449
· el tiempo.	»	450
· tipos de oración:.	»	453

	fervorosa »	453
	animada »	454
	creativa »	455
	comprometida »	456
g)	Leyes de la oración creativa. »	459
	1 - No hacer demasiados cambios »	459
	2 - Ley de las proporciones. »	459
	3 - Ley de las conveniencias y precauciones »	460
C)	- CONCLUSION »	463

CHARLA SOBRE LA ORACION

Queridos Hermanos:

Prólogo.

El trabajo abrumador de los retiros no me permite encontrar tiempo para redactar la circular que pensaba escribir sobre la oración.

Pero creo haber dicho a este respecto lo esencial de lo que quería decir, en una serie de conferencias que han sido grabadas y puestas por escrito, con algunos retoques, y cuyo texto he dado por bueno tal como ahora os lo entrego, texto que, con frecuencia, es más propio del estilo hablado que del estilo escrito.

Varios de vosotros, en efecto, habréis sentido no poco el que hayan transcurrido dos años sin que haya escrito ninguna circular. Estad seguros de que no ha sido por negligencia, sino que el conocimiento directo del Instituto, a través de los retiros de renovación (tarea en la que estoy empeñado) representa un trabajo tan necesario como absorbente.

Quisiera, pues, que encontraseis en estas breves páginas el testimonio de mi afecto, ya que el tema de nuestra charla es de lo más importante para mantenernos unidos en esta vocación que Cristo ha elegido para nosotros.

He tenido asimismo en cuenta el problema de los lectores: ¿Cómo llegar realmente a todos en un restringido número de páginas? O se limita uno a una breve exhortación que satisfaga a los que solamente necesitan un estímulo, o bien se va hasta

el fondo del problema, para responder a cuestiones que no se pueden eludir, y eso resulta ya mucho más largo.

Considero un deber el dirigirme no tanto a los que ya están convencidos, cuanto a las almas que dudan, amenazadas de continuo por dos fuerzas a cuál más peligrosa:

- una fuerte tendencia a poner en tela de juicio la oración, desde un punto de vista teórico;

- la triste realidad de un descenso vertiginoso, en materia de oración.

De cara a estas dos últimas categorías de religiosos, he creído conveniente hacer como un prólogo de consideraciones teológicas o metodológicas un tanto profundas, que resultarán tal vez innecesarias para el grupo de los ya convencidos. Aunque también éstos, cuya fidelidad sigue incólume gracias al auxilio de Dios y a una buena dosis de sentido común, tienen que soportar un machacón y provocativo bombardeo de objeciones « contestatarias », portadoras de vaciedad y de falsía. Afrontarlas con gallardía no es cosa fácil. Ahí van estas líneas en apoyo de la lucha que estáis sosteniendo por defender unos valores que a todo trance hay que defender.

Por otra parte, pensaré más explícitamente en vosotros en otro texto que redactaré a comienzos de 1974, y en el que analizaré lo que falta en la presente charla, es decir, el estudio de algunas dificultades no fundamentales (debidas, sobre todo, a las circunstancias), la búsqueda de soluciones para una superación personal y una mejor orientación de tipo comunitario.

A. - CONCRETAMOS EL PROBLEMA

I. - EL PROBLEMA

a) - *Un hecho: La oposición a la oración.*

Entro ahora de lleno en el tema, tomando como punto de partida una realidad a todas luces grave: Hay lugares en los que los Hermanos abandonan la oración. Los responsables de la comunidad y los Provinciales se esfuerzan, es cierto, por reaccionar, pero a menudo provocan la irritación de los culpables. Más de un Hermano se entendería muy bien con el superior, si no fuera éste quien le obliga a levantarse puntual por las mañanas y le exige que esté presente en la oración. De ahí surge un acrecentamiento de las dificultades en la vida comunitaria.

Por otra parte, no faltan clérigos e incluso teólogos, que pongan en tela de juicio la oración. Ante algunas de sus afirmaciones, se preguntan los mejores de nuestros religiosos si estarán todavía en lo cierto al seguir fieles a ella. Se nos está pidiendo, pues, a gritos, el ahondar en la cuestión, si es que de veras queremos dar pruebas de buena fe.

b) - *El problema que plantea este hecho.*

¿Vamos de nuevo a tirarnos los trastos a la cabeza por una tontería? ¿A levantar una polvareda como la que levantamos en torno a la cuestión del «rabat»?

Hablo del «rabat», como podría hablar del latín o del canto llano.

Ya estoy adivinando lo que algunos van a pensar: «¿A qué complicarnos ahora la vida comunitaria con un asunto que la

evolución histórica de la religión considerará de aquí a pocos años como una minucia?».

Volúmenes y más volúmenes se han escrito para defender, por ejemplo, el derecho divino de los Estados Pontificios, y hoy estamos más que convencidos de que Garibaldi no hizo otra cosa que liberar a la Iglesia de un peso enorme, al arrebatarle sus Estados. ¿Va también la batalla de la oración a quedar incluida en la lista de batallas perdidas?

No se necesita, por otra parte, ser un lince para ver que hay muchos aspectos de la oración que han evolucionado. ¡Cuántas rúbricas de la liturgia que un día provocaron disputas bizantinas, excitan hoy nuestra hilaridad! Hechos como éste me llevan a la siguiente reflexión: Al preocuparnos en serio de la oración, ¿estamos haciendo algo que vale la pena, sí o no? ¿Discutimos de algo que es accidental en el cristianismo, o de algo que constituye su misma entraña? ¿De algo que fue sólo valedero por cierto tiempo, o de algo que tiene un valor perenne?

Voy, pues, a intentar dar una respuesta al fondo de la cuestión, ya que hay toda una literatura que responde a los porqués particulares; por ejemplo: ¿Oficio Mariano u Oficio Divino? ¿En media hora o en un cuarto de hora? ¿Por la mañana o por la tarde? ¿Todos juntos o no? Hablaré también de ello, pero creo que no es por ahí por donde hay que empezar. **TENEMOS QUE COMENZAR POR LA MISMA ORACIÓN.** Sólo así podremos alcanzar objetivos por los que vale la pena luchar. Y aquellos que dicen «no puedo» o «no quiero» se darán cuenta de si están diciendo «no» a una cosa vital o a una fruslería, a una certeza o a un error.

Pero la cuestión no es asunto meramente intelectual. Formulémosla crudamente por medio de una disyuntiva: ¿Constituyen mis omisiones una causa de ruina espiritual para mí mismo y para mis Hermanos, o es mi fidelidad la que daña a la comunidad en que vivo, al obligarla a dar vueltas a la rueda de un molino en el que no hay trigo que moler?

Según sea mi respuesta, tendré que orientar mi vida en un sentido o en otro, diametralmente opuestos. Ahí está precisamente el meollo del problema. De un problema al que voy a designar, si os parece bien, con tres palabras: ORACIÓN, MUNDO y VIDA.

II. - TRES REALIDADES

Vamos a plantearnos una serie de preguntas en torno a tres realidades:

a) - *La oración es una realidad vivida.*

Esta realidad de la que hablamos no es un puro concepto. En cuanto a saber si tiene o no razón de existir, es asunto del que hablaré más adelante. Pero dicha realidad existe.

b) - *La oración se encuentra presente en todas las religiones.*

A este respecto, os confieso que estoy vivamente impresionado por la oración del mundo oriental, a pesar de que no tengo un conocimiento profundo de la misma. Cuando se entra en un templo budista o hinduista, se da uno cuenta de la importancia que dan a la oración.

En Tailandia viven 300.000 monjes, ya sea sin trabajar, por la concepción platónica que tienen de la vida, ya dedicados únicamente al trabajo intelectual, lo cual es, a la par, muy platónico y muy budista. No en vano pensaba Aristóteles que, para crear obras de arte o de pensamiento, se necesita el ocio y el contar con personas liberadas del trabajo, ya que los que trabajan no tienen tiempo ni para pensar ni para crear obras de arte.

Sabéis perfectamente cómo los pintores del mundo bizantino se preparaban durante meses a pintar sus iconos haciendo ayunar los ojos y los demás sentidos. Nuestro mundo occidental

piensa hoy de otra manera. El estancamiento actual de nuestra civilización nos induce a pensar que tal vez ande equivocado.

Para los budistas, la vida consiste esencialmente en un aprendizaje de la contemplación. Y la virginidad que practican va orientada en ese sentido. Pregunté a un monje de Sri Lanka, superior de una comunidad budista, si realmente su proyecto de virginidad era perpetuo.

- Sí, me respondió.

- ¿Y no hay caídas?

- Sí.

- Y cuando un monje cae, ¿lo expulsan y pierde su condición de monje?

- No. Nosotros somos muy tolerantes.

En efecto, los budistas de Ceilán no son como los de Tailandia, que creen en Dios. Aquéllos profesan, más bien, una filosofía de la vida; sin embargo, aún en este caso, la tolerancia que les caracteriza está inspirada por una contemplación, por una oración dirigida hacia la naturaleza.

c) - Pero nosotros somos cristianos y el cristianismo tiene una revelación sobre la oración.

Trabajando un día en Roma con un grupo de reflexión sobre lo que dice Santo Tomás acerca de la oración, encontré que la reduce prácticamente a la oración de súplica. Ahora bien, sabéis que hoy día este tipo de oración es también muy discutido. ¿Qué es lo que indujo a Santo Tomás a esta concepción impetratoria de la oración? Fue, sin duda, un razonamiento *escolástico*, inspirado en la idea de que la oración aparece casi siempre en el Evangelio como una súplica.

Es verdad. Jesús nos habla de la oración en forma dogmática e impetratoria a la vez. Jesús expone lo que piensa sobre la oración y lo hace por medio de una súplica. Por ejemplo, en la oración sacerdotal: «Ahora, Padre, glorifícame tú, junto

a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese ». (Jn. 17,5). Es una plegaria de súplica. « Por ellos ruego yo; no te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno » (Jn. 17,9 y 15). Es también una petición.

Jesús pide, pero al mismo tiempo reflexiona y revela el misterio; petición y revelación: « En verdad, en verdad os digo que si dos o más se juntan para orar en mi nombre, yo estaré en medio de ellos y mi Padre les concederá lo que pidan... Si vosotros, que sois malos, sabéis dar lo que es bueno a vuestros hijos; ¿cuánto más vuestro Padre?... » etc.

El mensaje bíblico sobre la oración, sobre todo en el Nuevo Testamento, ha llevado, pues, durante mucho tiempo a los cristianos a cargar el acento sobre el poder impetratorio de la oración, hasta reducirlo casi exclusivamente a eso.

Ha sido el Espíritu Santo quien se ha encargado de inspirarnos y de hacernos comprender que la oración, como explicaré más adelante, es algo más.

Pero, mientras tanto, ¿qué sucedió, sobre todo en períodos de decadencia? Echamos en olvido que el cristiano es fundamentalmente un hombre muerto a los deseos de la tierra: dinero, carne, soberbia de la vida; que el cristiano es el hombre del Espíritu; que el cristiano es un hombre que debe vivir al ritmo del más allá, y, por consiguiente, que su plegaria debe ser una interpretación de la teología cristiana. Por haber olvidado todo esto, nos hemos quedado con el gesto de tender la mano para mendigar aquellas cosas a las que, como cristianos, deberíamos haber muerto. Ello explica, por ejemplo, que el capitalismo haya venido implorando del Señor que los negocios marchen bien, que la cosecha del Ecuador sea deficitaria, para que Colombia pueda vender más, etc.... Así es como hemos vaciado de contenido nuestra oración, para llenarla con otros contenidos, mientras el monje budista y San Francisco de Asís llegan, sobre todo este último, a una renuncia total.

Y, sin embargo, existe un mensaje revelado sobre la oración, sobre la verdadera oración. Estos manantiales, tal vez ocultos, son los que tenemos que redescubrir.

III. - INTERROGANTES

Pero antes de proceder a este hallazgo, quiero plantearme unas preguntas:

- ¿Cuál es el sentido de todas estas realidades?
- ¿Para qué le sirve al hombre la oración?
- ¿Para qué le sirve a Dios?
- ¿Tiene la oración un presente?
- ¿Tiene un porvenir?

El mundo de hoy experimenta la tendencia a creerse diferente del mundo del pasado. Y a veces oye una afirmación como éstas: «La oración es una forma anticuada de religiosidad, que desempeñó un papel en una época ya caduca, o, más exactamente, hasta el momento en que el hombre se dio cuenta de que era el creador de su propio destino». Como dice Sartre: Mientras el hombre espere, no será un hombre liberado. Sólo cuando llega a la desesperación y sabe que nadie le va a liberar si él mismo no se libera; sólo cuando no pone más allá del firmamento sus esperanzas de liberación, porque sabe que esta liberación es el fruto de sus manos, es cuando su desesperación se hace activa; sólo entonces se vuelve eficaz su desesperación y comienza a ser eficazmente salvadora». Frases, como veis, muy crudas pero que tienen de positivo el despertar el planteamiento de un problema, a saber: el de las relaciones entre oración, vida y liberación.

IV. - ¿COMO RESPONDER?

a) - *Desde fuera.*

¿Es posible abordar el problema de la oración en una concepción no cristiana de la vida? ¿Tiene algún objetivo? ¿Produce algún efecto?

Preguntas ociosas, se dirá más de uno.

Sin embargo, el diálogo con los no creyentes, incluso en este terreno, está cobrando cada vez mayor importancia. Nada extraño, pues, que el famoso Garaudy, comunista francés, haya escrito, en colaboración con autores cristianos, un libro intitulado «Un riesgo llamado oración». En él declara que sus frecuentes contactos con personalidades cristianas, en estos últimos años, no le permiten seguir afirmando, como buen marxista, que la religión es el opio del pueblo: «Ya no es posible sostener que el cristiano es revolucionario ANTES QUE creyente; precisamente es revolucionario porque es creyente». Ni más ni menos, lo que hace Garaudy es descubrir la poderosa influencia que la oración tiene sobre la autenticidad de la vida. La «presión del futuro sobre el presente» (son sus palabras) no es otra cosa, en términos cristianos, que la presencia de Dios.

b) - *Desde dentro.*

Por lo que a mí toca, hablaré partiendo de la fe y, sobre todo, de la teología. Y quisiera comenzar por esclarecer un poco el irritante dilema planteado en torno a la pregunta: «¿Qué es la teología?».

a) ¿Un reflexionar a partir de una situación? O bien:

b) ¿Un reflexionar a partir de la revelación de Dios? (sin excluir, claro está, el empleo de adecuados métodos científicos, que puedan luego aplicarse también a las diversas situaciones y engendrar una pastoral).

De la elección que hagamos dependerá el que nos hallemos ante una biología, o ante una teología. Lo que yo estoy pretendiendo es, sencillamente, reflexionar, con un método correcto, tomando la Revelación como punto de partida.

c) - Discusión en torno a un método.

Cierto que podría iniciar esta reflexión a partir de mi fe objetiva. Bien sabéis, sin embargo, que son infinitas las formas de subjetividad y que ofrecen también una infinita gama de formas de presentar el mensaje de Jesús y de incorporarlo a la vida.

Permitidme aquí una digresión que os ayudará a comprender lo que estoy diciendo:

Un religioso católico hablaba a un grupo ecuménico que estaba practicando ejercicios espirituales. Algunos pastores protestantes le preguntaron si aceptaría concelebrar con ellos.

- No, respondió, pues tenemos una fe y un credo diferentes. Ustedes no creen en la Eucaristía.

Uno de los pastores replicó:

- Padre, fíjese bien en lo que dice, puesto que Vd. conoce su fe, pero no parece que conozca bien la nuestra, y nosotros sabemos perfectamente lo que creemos. Antes de afirmar que no creemos en la Eucaristía, háganos, si le parece, algunas preguntas, y nuestras respuestas le permitirán darse cuenta de si coincidimos o no.

Hecho el análisis, hubo de reconocer el religioso que aquellos protestantes creían en la Eucaristía. No creían en el hilomorfismo, lo cual es muy distinto. Creían que la Eucaristía contiene a Jesús vivo y vivificante. La divergencia radicaba en las cuestiones «en torno a»: si el pan se transforma en esto o aquello, si se «evapora», si se «atomiza» (como diríamos hoy) en neutrones y protones. Todo eso es cosa aparte.

Si, en efecto, no distinguimos lo esencial de lo discutible,

corremos el peligro de anquilosarnos en conclusiones que atañen más a la química que a la fe. Llevadas las cosas hasta el extremo, habría que calcular la potencia de los jugos gástricos de cada cristiano para determinar cuánto tiempo de acción de gracias debe seguirse a la comunión, ya que la duración de la presencia real de Cristo variaría de una persona a otra. Cosas por el estilo han llegado a escribirse. ¡Qué ridículo construir hoy un diálogo ecuménico que tuviera como argumento tales ideas!

No he pretendido otra cosa, con el ejemplo que acabo de citar, más que haceros ver cómo pueden darse en el seno de una misma fe mil maneras de incorporar a la vida el mensaje de Cristo. De ahí la necesidad de situarnos frente al dato revelado, más bien que ante nuestra propia experiencia personal.

Así, pues, luego de haber hecho hincapié en la importancia del método, yo propondría el método fenomenológico: Se parte del dato tal como éste se presenta, con sus límites. No hay por qué dejar de lado las adquisiciones de la investigación bíblica, a condición de que nos pongamos totalmente de acuerdo para establecer que lo que de veras cuenta no es lo que creen Fulano o Zutano, sino el dato en sí mismo.

Al cabo de no pocas investigaciones, ciertos exegetas han llegado a la siguiente conclusión: «Una cosa es cierta, a saber: la existencia de una comunidad primitiva que creyó en Jesús resucitado y anunció su resurrección. Ahora bien, que Cristo haya resucitado o no, eso no lo sabemos; que haya sido la resurrección un hecho histórico o neumático, no lo sabemos. Etcétera».

¿Adónde vamos con tal actitud? Hacia un nuevo fideísmo, fruto de un progreso científico, que obliga a una crítica de las fuentes. A un fideísmo virulento que nos empuja a la comprobación de que «todo dato histórico se evapora; ya no nos queda nada». Y, para protegernos, nos refugiamos en la fe de los cristianos de la primitiva Iglesia, esa fe que les llevó a organizar las comunidades de Pentecostés. Pero el peligro está en que

todo eso desembocará, a no mucho tardar, en un período todavía más crítico, en el cual se diga: «¿La fe de las comunidades de Pentecostés vivió de ilusión, o era la respuesta a un dato objetivo que había dado con su propia expresión pastoral?».

Me ronda el temor de que toda esa serie de ataques que nos tienen en vilo y nos están acorralando, sean indicio de una falta de valor para afrontar la realidad. Ahora bien, bastaría con saber entender la Sagrada Escritura. No se hicieron los Evangelios grabando en «cassettes» lo que iba diciendo Jesús, ni tampoco son fruto de la memoria prodigiosa de unos cuantos oyentes. Las explicaciones que se daban hace veinticinco años no sirven hoy para justificar la falta de coherencia entre los diversos relatos de la Resurrección o de cualquier otro hecho.

Entonces, ¿qué?... Repito, que lo que yo pretendo en esta charla sobre la oración es hacer una teología que tenga como punto de partida el dato revelado.

Hay que leer y volver a leer este dato revelado echando mano, por supuesto, de los métodos científicos; y siempre con una finalidad de conversión y no para ir a la zaga de fulano o de mengano. No es la fe de ellos la que me interesa comprender y asimilar: lo que tengo que hacer es cimentar bien la mía en la Palabra del Señor.

V. - INTENTO DE RESPUESTA

Voy a intentar explicar en qué consiste la oración, y ver qué relación tiene con la vida cristiana, para deducir luego si vale la pena ocuparse en serio de la oración. Me apoyaré en algunas definiciones, que acaso os parezcan abstractas una a una, pero que trataré de aclarar a la luz de la revelación bíblica.

a) - *Primera definición:* La oración es el comienzo, la esencia y un anticipo de la trascendencia.

Salta a la vista que no se trata de la oración en sentido utilitario, sino gratuito, lo cual no quita utilidad a la oración, ni tampoco nos inmuniza contra una idea deformada de la verdadera oración.

Tan erróneo es negar o poner en duda el que la oración sea útil a la acción, como refugiarse en la oración para evadirse de la acción. En la oración tienen cabida — ¿por qué no? — todas las exigencias de nuestro ser.

Ni siquiera en la oración de petición puedo limitarme a pedir. Y si yo pido, por ejemplo, pan, no será coherente mi oración si no me pregunto al mismo tiempo: «Y, ¿qué hago yo por dar de comer a los que no tienen pan?».

El corazón cristiano no puede funcionar debidamente sin el doble movimiento de sístole y de diástole. Sin el doble movimiento de oración y vida, el rezar puede ser mera evasión. En el orden individual, todos estamos convencidos de ello. Convencidos de que cuando un individuo dice al Señor: «Haz que sea puro» y no hace luego nada por serlo, es un perfecto embustero. Lo curioso es que no suceda igual en el terreno social, institucional, político. Aquí la lógica parece diferente...

Por consiguiente, antes de hablar de la utilidad de la oración, habrá que hablar de su naturaleza trascendente o escatológica, que es su primera dimensión. Al final de los tiempos, la oración cambiará de forma: Dejará de existir la petición y, no obstante, la escatología será oración.

Un ejemplo: Con ocasión del retiro de Avila, un grupo de Hermanos fervorosos, al finalizar los ejercicios fueron a visitar al buen Hermano Juan, enfermo incurable, y entre otras cosas

le preguntaron: «Juan, ¿qué será para ti la vida eterna?» Su respuesta fue: «Continuar haciendo lo que hago ahora: contemplar».

¡Casi nada!... Enfocadas así las cosas, cambian por completo. Hay que reconocer, con todo, que una visión tan pura, tan profunda y perfecta de la oración no siempre ha sido bien comprendida. Sin embargo, el futuro tiene su comienzo en el presente, a través de la experiencia interior, a través de las diversas formas de la fe y en la misma medida en que el corazón se abre para abrazar a la humanidad y solidarizarse con todos los hombres.

Alguien me hablaba recientemente de un gran amigo de Teilhard de Chardin. Mientras Teilhard vivió, apenas experimentaron ambos la más mínima dificultad para entablar, luego de su primer contacto, un diálogo contemplativo, porque Teilhard era un hombre que vivía casi siempre en contemplación.

Insisto en esta idea: La oración es el comienzo, el balbuceo de un diálogo que pronto encontrará todo su esplendor. Es la **ESENCIA Y EL ANTICIPO DE LA TRASCENDENCIA**. Así pues, en lugar de perder el tiempo preguntándonos si es útil o no, si el culto debe o no consistir en una plegaria, etc.... creo que debemos fijarnos en esta primera definición, que vale también para los cristianos no consagrados en la vida religiosa o en el sacerdocio.

Poco tiempo hace todavía que hemos comenzado a preocuparnos en serio de evangelizar los diversos aspectos de la vida: vida conyugal, dimensión social, etc.... Sin embargo, la oración y el culto lo habían tenido muy en cuenta desde antaño. Pero el incremento que han ido tomando otros valores cristianos: amor, trabajo, compromiso político y social, etc., ha producido un choque dialéctico que nos plantea este interrogante: «¿Tiene la oración un valor, un sentido, alguna utilidad para una acción en el tiempo y en el mundo?» Por más esfuerzos que hiciéramos

para demostrar su utilidad, llegaríamos siempre a este punto clave: LA ORACIÓN TIENE VALOR EN SÍ MISMA.

Os remito a la carta a los Hebreos. Al hablar del sacerdocio único de Cristo, encontramos frases que podrían constituir un tratado de oración litúrgica. Su lectura os hará comprender muchas cosas. En ella encontraréis abundantes respuestas a los argumentos que se esgrimen hoy en torno a la inutilidad de la oración.

b) - *Segunda definición:* La oración es para el cristiano una necesidad vital sico-teológica.

Para entenderlo bien, veamos ante todo lo que es un cristiano. No es un hombre que « practica », sino aquél en quien se infunde la misma vida de Jesús; que vive por Jesús, por el Espíritu de Jesús.

Ahora bien, si de veras lo anima el espíritu de Jesús, a medida que el cristiano vaya siendo más consciente de su bautismo, el Espíritu lo irá invadiendo todo en él, a la manera de un líquido efervescente que va subiendo al corazón, luego a la cabeza, y que acaba por empapar los criterios, la conciencia y todo el ser espiritual.

Acabo de enumerar los diversos elementos subjetivos de la vida, del actuar, del comprometerse.

Limitándonos al terreno de lo puramente psicológico, podemos afirmar que allí donde el bautismo se ha tomado en serio, surge de inmediato la oración como una necesidad. Y si no se experimenta la necesidad de la oración, habrá que preguntarse el por qué, pues no parece normal que un cristiano que haya alcanzado cierto nivel de madurez, no sienta la necesidad de orar.

Me explico: Hay dos formas diferentes de sentir la necesidad de la oración, o, si preferís, de sentir la necesidad de Dios: una, puramente psicológica; la otra, síquico-teológica. La primera puede considerarse ya como un embrión de oración cristiana. Tomemos, por ejemplo, esta oración de Unamuno: «Tú, que no existes, ten piedad de mí, porque siento que se me desgarran todo mi ser. Tú, que no existes, desde tu nada acuérdate de mí y apiádate».

Sentimos en estas frases todo el drama de un hombre que tiene necesidad de algo en lo que nunca pudo creer y que, sin embargo, viene a ser precisamente aquello en lo cual él quisiera creer. No reza a un Dios existente, pero experimenta la necesidad de actuar de tal forma que Dios llegue a existir. Nos encontramos ante un aspecto cristiano digno de respetarse. Aunque esta forma de necesidad religiosa sea para nosotros insuficiente, puede ayudarnos no poco a comprender las objeciones más corrientes de nuestros días.

Veamos, por ejemplo, la siguiente: «Os ponéis a meditar y, en vuestra contemplación, os sobreviene un éxtasis. Se trata, simplemente, de una forma más de embriaguez... Lo que habéis hecho ha sido tan sólo dialogar con la creación subjetiva de vuestro deseo, al que habéis proyectado fuera de vosotros mismos».

De ser esto cierto, habría que abandonar la contemplación, pues supondría una alienación total, o a lo sumo habría que reservar este medio para las personas que no pueden encontrar en una verdadera acción el remedio a sus necesidades psicológicas. Pero no ocurre así con la verdadera oración, con la oración cristiana, la cual ni es alienante, ni se limita a ser consciente de lo que hace, sino que perfecciona y humaniza las acciones del hombre.

«Darse cuenta»: He ahí el secreto para humanizar tantas cosas, que de otro modo resultarían inhumanas. La planta no se da cuenta; el animal se da cuenta, pero con una conciencia que no capta el sentido de las cosas, que no comprende el por

qué de los actos. El hombre, por el contrario, tiene la facultad de darse cuenta y de ahondar el sentido de las cosas.

En el bautismo recibimos la vida cristiana. Pero la capacidad de comprender lo que significa el que Cristo viva en nosotros estará en proporción directa con nuestra manera de poner en práctica las exigencias bautismales. El adquirir conciencia de nuestro bautismo, que va gradualmente operando en nosotros, constituye la fe. Esa misma conciencia, referida al deseo, constituye la esperanza. Y si uno se propone la unión, y llega a realizarla, tenemos ya la caridad. La vida del bautismo, la vida cristiana, tiene, pues, una conciencia, y la conciencia tiene momentos privilegiados en los que se concentra, se aísla, deja de lado la acción, como para vivir y respirar lo que en sí misma es.

Tomemos el caso de dos enamorados que llevan charlando más de una hora. Nos acercamos y les proponemos que, sin dejar de charlar, nos ayuden a trasladar ciertos datos a fichas IBM. Por más que les ofrezcamos una buena remuneración, que les iría de perillas para sufragar los gastos de la boda y para ayudarles a montar el hogar, lo más probable es que no nos hagan ni caso: están enamorados y necesitan absolutamente de la intimidad de su conversación. La conciencia que el uno tiene del otro en esos momentos no admite ser estorbada por nada ni por nadie.

Como veis, si existen en la vida momentos en los que no hay necesidad de que seamos conscientes, hay otros, en cambio, que lo exigen como una necesidad absoluta.

La oración es fundamentalmente el ejercicio de la fe; pero la fe, como es diálogo, no consiste en rumiar lo que creemos, sino en hablar « con », « respecto a », « a partir de ».

La oración solicita aquello que es el objeto de su amor, aunque se encuentre dentro de los contenidos de la fe. Expresa el amor que palpita ya en el corazón. Eso es, ni más ni menos, el rezar.

¡Atención, pues! Lógicamente, toda crítica de las formas de oración debe partir de ese núcleo existencial. Nos acecha, a veces, el peligro de hacer una teología de la oración a cierto nivel y pasar luego al estudio de las formas de oración olvidándonos del mismo.

Podemos encontrar en estas consideraciones la solución a un problema que se nos plantea a menudo: «¿Qué sentido tiene la oración, sobre todo la oración impetratoria, para introducirnos al diálogo con Dios, con ese Dios que conoce de antemano nuestras necesidades y que era ya bueno antes de que comenzara nuestra necesidad?».

En modo alguno podemos hacer de nuestra oración lo que hacen los paganos: multiplicar las palabras, como garantía de que Dios escuchará nuestra plegaria.

La oración cristiana no se limita a la súplica. Es un diálogo de fe y de esperanza. De una fe que está en contacto con el mundo, y de una esperanza que se halla comprometida en la batalla del mundo.

La plegaria cristiana es un diálogo en la fe y un diálogo en la esperanza. Se armoniza muy bien con esta bella imagen de la Iglesia: la casta prostituta. La Iglesia es, en efecto, la casta prostituta que lleva al hombre del pecado a la santidad; que encarna el proyecto elaborado en el Evangelio, enfrentándose de continuo con la realidad de cada día; que siente en su carne las desgarraduras y los desajustes, y que ansía, con todo, en medio de los dolores del parto, la redención que está a punto de alcanzar, pero que no ha alcanzado todavía.

Acá abajo, la Iglesia vive de esperanza y en ella tiene su origen la oración impetratoria. Dicha oración no es otra cosa que el grito de angustia de quien pide redención, y, al mismo tiempo, el canto de acción de gracias porque llegó ya la redención. Sabemos, en efecto, que la Redención se ha realizado en Cristo. Por otra parte, las ternuras y bondades que Dios derrama sobre

su Iglesia, ahora como en el pasado, son un argumento muy poderoso para seguir en esperanza.

Un cristiano no reza porque Dios necesite de nuestra oración. Dios no la necesita. Es la vida bautismal que Dios sembró en el alma, la que necesita de la oración, y ello por dos razones:

1ª. Todo hombre experimenta la necesidad de expresar lo que siente, y cuando una persona que tiene profundas experiencias no puede comunicarlas, sufre por ello una especie de mutilación, por cuanto se ve constreñida a vivir en soledad y a enterrar, por así decirlo, las cosas más hondas y hermosas de su vida.

2ª. La vida bautismal necesita también de la oración, porque constituye ésta el medio más eficiente de evangelizar aquella parte del corazón humano que no ha sido aún evangelizada. A fuerza de decir las cosas con el corazón, acaba uno por sentir las de corazón y por vivir de corazón lo que se ha experimentado.

Demos, pues, toda la importancia que se merece al inmenso poder evangelizador de la oración. Por no reparar en ello, muchos religiosos se vacían del Evangelio y se llenan de una antropología que nada tiene de evangélica. Dicho fenómeno se da también con bastante frecuencia entre los cristianos, aunque nos parezca que no.

Volvamos al tema central: ¿Qué es la oración? Una respuesta certera nos hará percatarnos del valor inmenso que la oración encierra.

¿Puede uno ser cristiano sin oración? O, por el contrario, ¿es la oración un elemento esencial de la vida cristiana, de tal manera que si desciende por debajo de cierto nivel, peligra la misma vida cristiana?

Mi respuesta a esta segunda parte de la disyunción, es un sí categórico: La oración es algo vital para el cristiano. Quien de veras lleva vida cristiana, descubrirá, más o menos pronto, la necesidad de orar, a medida que la vida cristiana vaya incrementándose en él.

Sentir la necesidad de orar no significa, sin embargo, que uno sepa ya rezar, pero es un punto de partida.

En un retiro del Consejo General, citó un Consejero el caso de un Hermano que no solía ni levantarse puntual por la mañana ni acudir a la oración, so pretexto de que estaba enfermo y necesitaba levantarse tarde. Absorto luego en las clases, no le quedaba, naturalmente, ni tiempo ni ganas para rezar. El predicador del retiro, que era un docto y piadoso religioso sacerdote, preguntó: «¿Sufre acaso ese Hermano al no poder rezar?». — Como la respuesta del Consejero General fuese negativa, prosiguió el padre: «Entonces tiene el Hermano que abandonar la vida religiosa, porque donde no hay oración no existe tampoco vida religiosa, y, si no hay vida religiosa, ¿qué sentido tienen los votos?».

c) - *Tercera definición*: La oración es una epifanía antropomórfica de Dios, una manifestación misericordiosa por la cual Dios asume una humanidad y se pone a orar.

El hombre tiende a convertirse en el Cristo orante. Por muy extraña y exagerada que parezca tal aserción, no deja, sin embargo, de ser una realidad.

Podría repetir aquí la bellísima comparación de la vid y los sarmientos, pero me atrevo a proponeros otra, muy realista también, que puede muy bien ilustrar esta doctrina. Es la del niño en el seno de su madre. El niño no respira, es la madre la que respira por él; ella es la que oxigena la sangre de la criatura con su respiración. El corazón del pequeño no hace esfuerzos para palpar, ya que no tiene fisiología circulatoria;

su circulación se verifica gracias a la de la madre. Y sucede incluso que cuando la madre está demasiado débil, cuando su corazón no tiene capacidad para alimentar la circulación de dos personas, puede correr el peligro de una crisis cardíaca. El feto vive, en efecto, de la circulación de la madre. Tampoco el feto se alimenta; es la madre la que come, la que digiere y asimila en su lugar y le envía el alimento por medio de la sangre. Y ocurre lo mismo en la desasimilación. Se trata de un ser humano que vive realmente, pero cuya vida funciona a través de una suplencia biológica; una vida asegurada no orgánicamente sino celularmente, histológicamente, ya que los órganos de la criatura se encuentran aún en período de formación, aunque sin funcionar todavía: están suplidos por los órganos de la madre.

Pero un día nace el niño y concluye para la madre el período de la suplencia. Las dos vidas se independizan, y asume el niño sus propias funciones fisiológicas. El corazón y los pulmones deben inmediatamente comenzar a trabajar; de lo contrario, se muere la criatura. Se inician entonces, normalmente, una serie de funciones fisiológicas, un proceso vital. Acaba el chiquitín de nacer y tiene que asegurar su propia vida. Aunque muera la madre, puede él continuar viviendo, porque ambas vidas son ya independientes.

En la vida cristiana, por el contrario, nunca se da tal separación, ya que compartimos con Dios aquella comunicación que Cristo posee con el Padre de modo original y permanente. La parábola de la vid y los sarmientos, o la idea de muchas bombillas conectadas a la misma corriente, pueden ayudarnos a comprender cómo toda comunicación entre Dios y nosotros nos llega a través de Cristo, y se realiza en Cristo y por Cristo.

No se trata, pues, de que Cristo nos haga vivir de su propia vida por un tiempo determinado y luego nos pongamos a vivir cada uno nuestra propia vida, como establecidos ya por cuenta propia. Esta imagen sería falsa. Si queréis otra más exacta, tomad la del conferenciante y su auditorio. Porque se añadan 10 oyentes

más, ¿llega la palabra con menos intensidad a los primeros? No. El número no influye. Sólo cuenta la capacidad de recepción de cada uno. Se puede poner la objeción de los límites de la voz, pero si el auditorio aumentara en 100 personas, ya pondríamos altavoces. Como dice Teilhard, en los problemas psicológicos, lo que se encuentra más alto o más bajo en la evolución del hombre no sufre alteración al aumentar de número.

En las cuestiones místicas es evidente que los canales de comunicación que nos transmiten la vida divina tampoco están mediatizados por el número, ni existe la menor razón para que sean interceptados por él. «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el sarmiento que está unido a mí produce mucho fruto, etc....».

¿Qué sucede, pues? Algo muy importante. Cuando un cristiano ora realmente, cuando reza según la religión de Jesús, es decir, según la religión del Espíritu de Verdad (pensad en la samaritana), cuando un hombre ora y vive como cristiano, es Cristo, el primogénito de María, el que ora en él; su plegaria no es otra cosa que la vida de Cristo, expresada en palabras. «Nadie puede decir Jesús, sino por el Espíritu», afirma San Pablo. El Espíritu fue el que condujo a Jesús al desierto para hacer penitencia. Si estudiamos cuáles son las relaciones entre Jesús y el Espíritu, nos daremos cuenta de que Jesús-Hombre es movido por el Espíritu y que el mismo Espíritu que ha animado a Jesús es ahora el que hace vivir a Jesús en nosotros y hace de Él nuestra vida. Cuando oramos, lo hacemos con un doble movimiento: nuestra palabra llega al Verbo, el cual se hace Palabra para el Padre, en una carne humana.

En Jesús, Dios se ha humanizado en serio y no de mentirijillas. La Encarnación lleva aparejadas consecuencias enormes. Si el Verbo se ha encarnado, no se trata de desencarnarlo. Pablo dirá que se hizo en todo semejante a nosotros menos en el pecado. Esto quiere decir que experimentó lo que es el dolor. En la carta a los Hebreos leemos: «...habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor

v lágrimas... por sus padecimientos, aprendió la obediencia» (5, 7-8), es decir, el dolor. Todo esto nos revela la dimensión existencial de Jesús, no de un Jesús prefabricado, sino de un Jesús que pasa por un proceso de evolución, en el mejor sentido de la palabra. Dios se hace hombre, asume el lenguaje de los hombres, se expresa como hombre y tiene que hablar a su Padre como hombre; en definitiva, es Dios hablando a Dios, pero a partir del hombre, y, por tal motivo, la oración es «LA HUMANIZACIÓN ORANTE DE DIOS».

Todo esto confiere a la oración cristiana una dimensión eminente y un poder impresionante. Aquí se apoya también el fundamento teológico de la oración al Padre, en nombre de Jesús. Pero hay que comprender lo que significa pedir en nombre de Jesús, pues bíblicamente el NOMBRE abarca todo un programa. ¿Puedo, por ventura, pedir una cosa injusta en nombre de Jesús? ¿Qué contenidos pueden entrar a formar parte de la oración cristiana, desde el momento en que esta oración es la CRISTIFICACIÓN ORANTE DEL HOMBRE? Un hombre que se ejercita orando a Dios (o mejor, dejando al Espíritu hablar con él a Dios) se cristifica al orar. Esta «sobreimpresión» (la imagen de Cristo superpuesta a la nuestra) se va produciendo lentamente por la oración.

Y no sólo por la oración, sino también por la acción, como estamos viendo. En efecto: la vida cristiana es fundamentalmente un misterio de amor y el amor tiene dos formas de expresarse, necesarias ambas: decir y hacer. Decir lo que sentimos y llevar a cabo aquello que sentimos, pues existen en nosotros la dimensión del obrar y la dimensión del vivir.

Por lo tanto, toda polarización que conduzca a refugiarnos, ya sea en la acción, liberándonos de orar, ya sea en la oración, para huir de la acción y del compromiso, desemboca en dos falsas interpretaciones del cristianismo, dos pruebas claras de que el Espíritu y la vida de Jesús, no han calado hondo en nosotros. Juan nos dice «Quien afirma que ama a Dios, a quien no ve,

y no ama a sus hermanos, a quienes ve, es un mentiroso y la vida de Dios no está en él. ¿Qué significa esta sentencia? Que no puede darse ni la más insignificante palabra cristiana sin una acción cristiana. Son dos exigencias profundas del mismo amor.

La vida del hombre, a medida que crece, se torna psicológica. Por eso os hablaba más arriba de la necesidad sicoteológica o sicomistérica. El misterio cristiano del hombre no se vive de un modo negativo, como en los primeros años de la infancia, ni surge del inconsciente como si se tratara de un psicoanálisis que nos descubre lo que la persona humana no ha podido sacar a flote.

No, la naturaleza humana, como todas las formas de vida superior, implica conciencia y libertad. Cuando el misterio cristiano entra en el campo de la conciencia, entra como fe, como amor, como esperanza, y todo esto vivido en Cristo. Nos hallamos ante otra dimensión de la oración, y es el momento de preguntarnos: ¿Puede existir vida cristiana sin oración?

Respuesta: No. Más aún:

Ausencia de oración = ausencia de vida cristiana.

Pobreza de oración = pobreza de vida cristiana.

d) *Cuarta definición:* La oración es una expresión del corazón de tres personas que aportan dinamismos diferentes y esferas existenciales variadas.

Si encontráis esta definición demasiado abstracta, pensad en varios riachuelos que, al confluir, forman un río caudaloso. Me explicaré mejor más adelante.

Veamos ahora cómo la oración es, ante todo, una expresión. El cristianismo no es una mentalidad, un sistema de pensamiento;

no consiste fundamentalmente ni en una moral ni en un culto. El cristianismo es una vida interpersonal en unidad.

Primero, interpersonal en sentido individual. Jesús y yo, y el Padre. Yo y Jesús somos dos, pero al mismo tiempo somos uno, porque Jesús y yo somos la Iglesia. El cristianismo es, además, una vida y una compañía, una vida de personas con personas; por lo tanto, una vida en la que se habla, no una vida de soledad y silencio.

Analicemos ahora la oración como expresión del corazón de tres personas. Hay, en efecto, tres «yo», comunicados indistintamente, e insuficientemente distintos, por así decirlo. Intentaré explicarlo:

1º. - El «yo» individual.

Existe ante todo mi «yo», el de fulano, que es distinto al de zutano o mengano. - Este «yo», estrictamente individual, constituye mi persona, distinta de las otras y que siente la necesidad de hablar al Padre acerca de los propios asuntos personales. Este «yo» individual, experimenta unas necesidades de expresión que no son las mismas que las de X o Z, ni coinciden tampoco con las de los demás. Ahora bien, si fabricamos un esquema de oración en el que pretendamos hablar como colectividad, y no dejamos un resquicio para que nuestro «yo» se sienta solo ante Dios, estrangulamos la persona sobre el altar mismo en que entronizamos el mito de la colectividad.

En la zona más profunda de nuestro ser, dice Claudel, existen secretos que no se revelan más que a Dios y que no se confiarían ni a una esposa ni a un confesor o director espiritual, porque la naturaleza misma de las cosas no permite descubrirlos sino a Dios. Por otra parte, hay cosas que son incomunicables; pasamos por momentos en que el lenguaje se inmoviliza y la palabra queda bloqueada. En tales casos, el único recurso que nos queda es ponernos delante de Dios y decirle: «Señor, Tú ya me entiendes».

2º. - « Yo », miembro de la Iglesia.

Queda analizada la expresión del « yo » individual, fundamento primero y último de la oración personal. Pero este « yo » es también Iglesia, ya que la vida cristiana es radicalmente una vida de la VIDA, porque somos hijos en el HIJO, puesto que el primogénito de Dios es también el unigénito de Dios. Dios no tiene más hijos que Jesús; o somos hijos en El, o no lo somos en modo alguno. Esto explica la inquina de los judíos contra Jesús, porque llama a Dios su Padre, ya que no comprendían el formidable misterio del « pleroma ».

Somos Iglesia y debemos hablar a Dios como Iglesia; pero somos también personas y, por lo tanto, tenemos necesidad de momentos de oración personal, en los que cada cual se encuentre como persona ante Dios. Y esta conversación con Dios, este diálogo con Dios, tiene sus reglas de juego, sus reglas sicomísticas. El modo de presentarse ante Dios exige, en efecto, condiciones particulares. Una es la manera de presentarse a Dios como Iglesia, y otra la manera de hacerlo como individuo. Las reglas del juego no son las mismas en ambos casos. Si queremos emplear la sicología de la oración personal para hacer oración eclesial, fracasaremos.

Cada uno de los dos tipos de oración exige aprendizaje distinto. Son dos modos diferentes de expresión. En cada uno de los casos, el yo debe saber qué papel representa. Yo no puedo portarme del mismo modo presentándome como Basilio Rueda que como Superior General. Si represento a la Congregación, debo estar atento a lo que significa tal representación allí donde vaya a ser recibido. Cuando actúo en nombre de la Congregación, tengo que decir: « En estos momentos no es Basilio Rueda quien os habla, sino la Congregación ».

Cuando encarnamos a la Iglesia y vibramos con ella, el sujeto que habla al Padre es la Iglesia y nuestro esfuerzo debe

enderezarse a ser Iglesia y a sentirnos Iglesia, para hacer a la Iglesia más densa y expresiva. Encarnada en las Iglesias y comunidades locales, la Iglesia cobra toda su totalidad, matizada por las circunstancias y por el tiempo. Si un grupo humano habla al Padre unido a la Iglesia, en nombre de Cristo, con toda la fuerza de la Iglesia, tenemos la oración litúrgica.

3º. - « Yo », miembro de una comunidad.

Pero un grupo humano tiene además sus problemas colectivos, sobre todo si quiere permanecer unido, si quiere ser un grupo cristiano en el que todos y cada uno se sientan hijos del mismo Padre. Todo grupo debe encontrar su identidad no sólo cuando come, juega o trabaja, cuando coloca el dinero en un fondo común o estudia un proyecto, sino también cuando habla con Dios.

Me imagino que el lector pertenece a los tres mencionados grupos de oración. Según ore con uno o con otro grupo, se dará cuenta de que habla a Dios de modo diferente, (supongo, naturalmente, que en los tres casos hay oración verdaderamente comunitaria). Y ¿por qué? Porque oración comunitaria es precisamente aquella que crea un alma colectiva, una comunión de mentalidad, de afectos, de gustos y proyectos, etc. . . . Y esta alma colectiva tiene el deber de presentar ante Dios su desarrollo histórico, con el matiz propio de las circunstancias y del momento en que vive. Así debe ser el lenguaje de la comunidad.

Pero existe el peligro de cierta oración litúrgica que no tiene bastante en cuenta los distintos países, que no deja suficiente espacio a la comunidad local, obligándola, o bien a un lenguaje eclesiológico universal, o bien a una oración puramente personal, lo cual bloquea la expresión del grupo.

Imaginos el caso de una comunidad donde se han tirado una vez los trastos a la cabeza. El planteamiento de este hecho

no tiene cabida en una oración prefabricada, que no ha podido preverlo. Pero se pone el grupo ante el Señor y le dice: « Señor, sabes que nos amamos y, con todo, nos hemos enfrentado. Por más que nos empeñamos, no acertamos a conjugar nuestros esfuerzos, y las criaturas que tú has puesto a nuestro servicio no han hecho más que alejarnos de ti. Señor, aquí nos tienes en tu presencia, sin saber quién es culpable, quién tiene la razón o quién no la tiene; pero, sea como sea, venimos juntos a contarte nuestra cuita y a depositar nuestros corazones en tus manos. Haz, Señor, que formemos una comunidad auténtica ».

Aquí tenéis, queridos Hermanos, una pauta factible de verdadera oración comunitaria. La comunidad habla al Padre partiendo de una experiencia emanada de su propio ser y lo puede hacer empleando fundamentalmente dos formas: una corresponde al momento en que todos los miembros se expresan comunitariamente, y otra a los momentos en que cada uno se siente capaz de expresar, no su propia palabra, sino la palabra que encarna el sentir del grupo.

Ya veis, pues, cómo una comunidad necesita momentos de « respiros de oración » en los cuales pueda expresar a Dios su propia vida, con sus penas y alegrías, con sus deseos y proyectos, y la vida íntima de sus miembros. He aquí descrita, a grandes rasgos, la oración comunitaria, muy distinta de la oración en común. Exige todo un aprendizaje.

Me parece oportuno ahora volver a la definición: *La oración es una expresión del corazón*. Es el corazón el que habla y no la cabeza (en sentido bíblico, no aristotélico). Un abrirse el corazón de tres personas, ¿Qué personas? Yo, la comunidad y la Iglesia, alternativamente. Cada una aporta *dinamismos diferentes*. ¿Cuáles son estos dinamismos y esferas existenciales que forman los afluentes del gran río-oración?

Intentaré señalar algunos, pues toda oración es muy variada e implica contenidos distintos:

1. - Tenemos, en primer lugar, el *dinamismo carnal*, siempre molesto, que hacía suspirar a San Pablo: «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» Este dinamismo no es otro que el fastidioso esfuerzo de dar sentido a una vida cristiana en la que se interfieren el «yo» del egoísmo, el de la superficialidad, el del orgullo, el de un hombre que sueña con ser un gigante, pero que no pasa de pigmeo. Todos estos contrastes constituyen el mantillo de la oración.

Esa serie de incoherencias que se dan en nuestro ser y que estoy yo tratando de explicar, no son una farsa. Cuando alguien reza en espíritu y en verdad, diciendo lo que anhela ser, aunque en ese momento no lo sea, está haciendo una oración verdaderamente cristiana; su plegaria es redentora y muy diferente a la del fariseo que decía: «Gracias, Señor, porque no soy como los demás hombres, ni tampoco como ese pobre publicano».

El hombre sincero, cuando se presenta ante Dios sin fe, no dice: «Creo», sino, «Señor, ayuda mi incredulidad». Atentos, pues, a trasladar a la oración lo que constituye la verdad de nuestra vida o la verdad de nuestros deseos. De este modo la oración no actúa a la manera de un impulso momentáneo, sino con la fuerza y la regularidad de un motor.

Hay una homilía de Anselmo de Rotterdam que se llama homilía de las mentiras sagradas y que hace referencia al Padrenuestro. Dice así, poco más o menos: «¡Qué mentirosos somos al hablar a Dios y llamarle Padre! Mentimos porque no consideramos a Dios como Padre sino como un tirano. Mentimos al decir “nuestro”. Efectivamente: ¿qué puesto ocupa la fraternidad en nuestro corazón?. — “Que estás en los cielos”, y damos pruebas de no creer en la trascendencia, al apegarnos a los bienes terrenos. “Santificado sea tu nombre”, y profanamos el nombre del Señor con nuestra vida de antitestimonio. ¡Cuántas mentiras sagradas! Se diría que estamos convirtiendo la mentira en objeto de culto».

2. - Veamos, a continuación, el *dinamismo natural*, el proceso de realizaciones. No se trata solamente de la cristificación redentora de nuestro interior, la que realizamos cuando purificamos la densidad del pecado que ha cristalizado en nosotros o en la humanidad. Hay también una creación entera que está en trance de construirse. Aquí entra en juego la «Gaudium et Spes», con todo el conjunto de la evolución y todas las inquietudes de los hombres, con todas las iniciativas de la paz, de la justicia, del derecho, de la técnica, del arte, de la industria, de la conquista del espacio, a condición de que todo ello sea humanizado. Tenemos que vibrar con el proceso histórico del universo (incluso con el que se desarrolla al margen de la gracia), y este conjunto debe entrar a formar parte del contenido de nuestra oración cristiana. Sí, hay que introducir este contenido en nuestra oración y a veces, por lo menos yo, no lo tenemos bastante en cuenta. Pienso con frecuencia en la dimensión sobrenatural de las cosas y pocas veces en la dimensión natural, que también tiene su valor y es materia válida de oración. De esta manera, el mundo entero pasará por el corazón del cristiano a través de la oración. Si el mundo impresiona nuestra retina de un modo evangélico, hallará en la oración el lugar que le corresponde. De lo contrario, tendremos oraciones de disociación.

3. - Otro dinamismo: El proyecto de construir un mundo mejor, tratando de transformarlo de inhumano en humano.

4. - Tenemos también LA HISTORIA DE LA SALVACION, que debe obsesionar el corazón de un apóstol e impulsarle al combate por la conquista del mundo para Dios. Bueno es hablar aquí del problema de nuestras catequesis y de nuestra tarea de anunciar a Cristo al mundo. Se dan a este respecto las opiniones más polarizadas y divergentes. Unos dicen: «No hay nada que hacer; la juventud está ya harta de Evangelio; la clase de religión no sirve para nada. Lo que hace falta es ocuparse de lo social, revisar toda la moral, comenzar de nuevo a evangelizar...».

Otros, por el contrario, sostienen que hay que mantener a todo trance lo que ya tenemos; etc.

Comprendo perfectamente que se dé el caso de Hermanos que, al no haber pasado por un «recyclage» catequético, digan: «Me resulta materialmente imposible el hacer la catequesis». Pero lo que no comprenderé nunca es que no les diga nada el dilema de que la juventud reciba o no reciba a Jesucristo. Tal actitud es un verdadero escándalo, y no de los pequeños.

En el corazón de todo apóstol debe estar hondamente clavada la espina punzante de la angustia por el problema de la Historia de la Salvación. Algo así como acontece a una madre que tiene a su hijo en el hospital. El corazón materno vive minuto por minuto la evolución de la enfermedad del hijo, y se ve intensamente afectado por el menor sufrimiento del retoño de sus entrañas.

El verdadero apóstol debe, de manera análoga, vivir en su corazón el combate por el Reino.

VI. - CONCLUSIONES DE LAS CUATRO DEFINICIONES

He intentado definir la oración desde cuatro puntos de mira, ponderar luego su valor y explicar qué relaciones guarda con nuestro ser de cristianos.

Los que dicen, por ejemplo, que la oración carece hoy de sentido y que constituye una pérdida de tiempo, hablan de memoria. Lo que ocurre es que no tienen experiencia de oración. Por eso afirman alegremente que la acción es ya oración. Hablar así supone un desconocimiento práctico de la oración. No merece, pues, la pena el discutir sobre ello, y a quien insista, le diré con toda franqueza: «Usted no tiene experiencia de lo que es auténtica oración. Si la tuviera, no confundiría la oración con la acción, aunque sean ambas emanaciones del mismo amor».

Se escriben o se dicen, en efecto, frases brillantes en apariencia, pero que revelan, en realidad, un vacío y un desequilibrio imponentes. Quienes las propagan o defienden, dejan, con ello, de lado los elementos que integran la vida cristiana, o al menos no los colocan en su sitio. Se trata de personas que han dado al traste con la armonía entre dos dimensiones: acción y vida. Algo parecido ocurrió antaño, cuando la dimensión moral se impuso a la dimensión espiritual. Nos hallamos de nuevo ante un tipo de vida cristiana, concebida poco menos que como un código de prohibiciones y de mandatos, que hoy acentúan el aspecto social, como habían antes acentuado el aspecto sexual. Desequilibrio, ni más ni menos.

A. - BUSCAR SOLUCIONES

I. - ¿DE DÓNDE VIENE ESA APATÍA, CUANDO NO AVERSIÓN?

Volvamos ahora a quienes han llegado al extremo de abandonar la oración.

¿Cómo explicar ese fenómeno? Lo voy a intentar:

a) Habíamos vivido, durante años, de un formalismo más o menos voluntario, y viene ahora una reacción de autenticidad.

Alguien, por ejemplo, había confundido la oración con los ejercicios de piedad. Un buen día se percató de que se ha estado equivocando al recitar fórmulas que nada le decían al corazón, y de que su papel ha sido el de un mero «ejecutor», sin más. Sometido a examen el asunto, llega a descubrir lo que es oración auténtica y experimenta tal hastío por lo que ha venido haciendo, que decide abandonar la oración. Es un modo de reaccionar lamentable pero auténtico. Tal ocurre a menudo en el matrimonio: el marido abraza a su joven esposa y le susurra al oído: «¡Eres adorable. Te quiero con locura!». Pero, al cabo de cierto tiempo, se da cuenta de que su mujer no es tan interesante como parecía, y se dice: «Éstá visto: no la quiero. Sé que obro mal al no quererla, pero va a ser todavía peor no quererla y asegúrale encima que la quiero. Lo de “cuéntame otra vez tus embustes” lo encuentro gracioso como letra de tonadilla, pero utilizarlo yo como etiqueta de auténtica solución en mi vida, me parece un absurdo».

Tal razonamiento, aunque expresado así en tono humorístico, podría muy bien explicar el comportamiento de ciertos religiosos que se retiran de la oración porque «no quieren vivir de formalismos». Lo malo es que pasan de una situación falsa a otra negativa. Puesto a elegir entre la solución que ellos han adoptado o la de perseverar en una oración engañosa, yo me inclinaría por la primera. Felizmente, hay otras soluciones.

b) Puede darse también una «concesión regresiva», cuyas causas hay que indagar. Comencemos por aclarar el significado de los términos.

Concesión: Se concede uno a sí mismo, sin motivos suficientes, lo que no debiera concederse, a saber, el abandono práctico de la oración. Y con ello se priva también uno de algo imprescindible en la vida del cristiano.

Cuando alguien abandona la oración porque no le dice nada, debe lógicamente preguntarse: ¿por qué no me dice nada?

Estemos seguros de que algo serio está pasando en el individuo que, habiendo tomado en serio la oración, la deja luego de lado. Yo daría la siguiente explicación: Aquella oración que iba progresivamente subiendo de calidad, llevaba aparejadas unas exigencias, también progresivas, de acción y de vida. Porque la oración no es otra cosa que una vida de amor. El amor exige esfuerzos en progresión, que se transforman luego en una serie progresiva de alegrías. En la vida de amor y en la oración sucede lo que en el mercado de perlas: cuanto más hermosas, más caras.

He aquí, pues, el mecanismo que condujo a la «regresión». El amor vivido en la oración, al ir ganando altura, pedía del sujeto una respuesta de vida cada vez más alta, con lo cual se cerraba el paso a cualquier mentira sagrada; pero las exigencias impuestas por el Espíritu inspiraron miedo y se dio marcha atrás.

Quizá también el problema se plantease a la inversa. Al ir ganando altura, tropezaba la oración con dificultades de mucha monta, por cuanto empezaban a sentirse obscuridades y sequedad del alma, crisol donde el Espíritu Santo quería purificarla. Y ello también la asustó y provocó la retirada.

II. - DOS OBSERVACIONES IMPORTANTES

a) Caso de reducirse los rezos en común, hay que crear a toda prisa las condiciones para una oración personal.

¡Hay que ver la cantidad de estructuras que se están viniendo abajo! Si os toca vivir en una Provincia que no tiene en aprecio la oración y en la que apenas se reza en común; es decir, si os veis abandonados a vosotros mismos, por cuanto no recibís ya de la comunidad aquel impulso de oración que debiera procuraros..., entonces, amigos, como no piséis fuerte el acelerador de la oración personal, estáis perdidos. Y si fallan a la par ambas formas de oración, la personal y la comunitaria, dad por descontada la ruina de la Provincia.

b) La secularización es hoy un hecho, y hemos de tener la suficiente cordura para aceptarlo. Si algún bien nos trae, bendito sea el Señor. Por de pronto, nos está obligando a depurar nuestra oración y a buscar su autenticidad frente a las críticas. Antes se le podía dar a uno gato por liebre; hoy, no.

Cierto que, a veces, la crítica ha exagerado ciertas actitudes de vida cristiana, cuando no ha creado otras indudablemente falsas y, por lo tanto, desastrosas.

Así pues, hay que «redimensionar» (permitidme el barbarismo) la secularización de la oración; aprovechemos, enhorabuena, el servicio que nos presta, pero no caigamos en las demasías de una crítica demoledora.

Desposeída ya la oración de todo lastre inútil, no le queda a uno más que plantearse el problema central: ¿por quién trabaja el cristiano? ¿qué papel desempeña la oración en la eficacia y en el progreso del trabajo?

III. - REMOZAMIENTO DE LA ORACIÓN

a) - *Hechos observados.*

Yo creo que, en los años anteriores al Concilio, estaba ya latente una crisis de oración; sólo que no había dado con las formas adecuadas de expresión, por estar demasiado ajustada a unas estructuras.

Vino luego, con el Concilio y con los Capítulos Generales especiales, una crisis perfectamente caracterizada (variable en gravedad y en rapidez de unas Provincias a otras). Dicha crisis ha podido muy bien inducir al abandono de la oración y ser causa del hundimiento de religiosos, comunidades e incluso Provincias. Menos mal que se van notando, acá y allá, reacciones saludables.

Citaré algunos ejemplos:

1. - En algunas comunidades de EE.UU. pasan los Hermanos, por turno, una semana de oración en centros especiales de retiro. Vuelven luego a sus respectivas casas, dispuestos a ser animadores de la comunidad.

2. - Carlo Carreto. Este religioso italiano pasa, con su comunidad, una estación del año en el Sahara, dedicado a la oración, y escribe algún libro (que luego publica en Italia) sobre las experiencias vividas. Al llegar la primavera, regresa a su país, donde la vida cotidiana de la comunidad se reparte en 8 horas de oración y vida comunitaria, 8 de trabajo manual, ayudando desinteresadamente a los campesinos de la comarca, y 8 de descanso.

3. - Taizé. Quien más quien menos, todos hemos oído hablar de ese centro ecuménico donde nutridos grupos de jóvenes (se cuentan por millares al cabo del año), se van sucediendo de continuo en encuentros comunitarios de oración y de reflexión.

4. - La Escuela de Oración de París, dirigida por el P. Caffarel, donde se enseña a rezar con el cuerpo y con el espíritu.

5. - La oración pentecostal, que ha traspasado las fronteras de EE.UU., país en el que nació, y de la cual acaba de hablar elogiosamente el Cardenal Suenens.

Todas estas experiencias, y otras muchas que podríamos citar, vienen oportunamente a desbrozarnos el camino hacia la renovación que el Concilio y el Capítulo nos piden. Si la renovación no comienza por la oración, todo se quedará en humo de pajas.

Una vida normal, tanto física como síquica, exige ciertos

períodos de desintoxicación. En lo espiritual ¿qué mejor desintoxicación que la oración hecha con calma?

Como en la vida de matrimonio no se dedique un tiempo a la intimidad conyugal y de familia, después de una jornada agotadora de trabajo, ¡pobre matrimonio!

Sabemos que la vida del hombre está hecha para amar, y que amar es un verbo esencialmente transitivo. El hombre casado halla el objeto de su amor en la esposa y en los hijos. El religioso, que no tiene esa experiencia, tiene otra muy superior (o al menos debe tenerla): la experiencia de un Dios de amor, que pide y que da.

Se hace uno consciente de esa comunicación con el Dios de amor, sustancialmente en la oración, ya personal, ya comunitaria. Ambas formas de rezar son imprescindibles y así lo van comprendiendo amplios sectores del Instituto. Pero no basta con entenderlo y tener de ello conciencia.

b) - Criterios sólidos para el remozamiento en la oración.

La oración es, a un tiempo, don, ejercicio y fruto. En cuanto don, no nos creamos que venga a remplazar al Dador, Dios. Media un abismo entre el yoga y la oración cristiana. La oración cristiana es amor. El yoga puede ciertamente favorecer la concentración y el equilibrio interior (elementos ambos muy útiles para la oración), pero es incapaz de asegurar por sí mismo ni el amor ni la conversión.

Ahora bien, ese don de Dios que se llama oración tiene como puerta de acceso la conversión, y como desarrollo el amor. Es un don del Espíritu Santo y ningún ejercicio humano puede comunicarlo. Sí; no hay que olvidar que la religión cristiana no es un producto fabricado por el hombre, sino que es Dios quien se comunica al hombre. No es el hombre un Prometeo que robe el fuego del cielo; es una criatura que recibe en Jesucristo el beso del amor del Padre y la redención por amor. Y la oración,

a manera de sopló vital de la Redención, es esencialmente un don en el sentido más riguroso del término. Hay que pedirlo a Dios.

Por otra parte, es también la oración un ejercicio, por cuanto Dios, en la creación del mundo natural y mucho más del sobrenatural, no ha pretendido hacer del hombre un objeto, sino un colaborador. Le ha confiado una creación sin acabar, para que la complete. Asimismo, en la historia de la Redención, Cristo ha echado la simiente en el surco y ha confiado luego al hombre la misión de trabajar con El para hacerla crecer y madurar y llevar a los demás hombres el fruto. Así es como los hombres se convierten en Iglesia.

Cierto, pues, que hay en la oración su parte de ejercicio. Como dice Voillaume: «Nadie nace sabiendo ya rezar». Ni es el huir de la oración el mejor modo de aprender a orar. Estupidez de las grandes sería decir: «Como yo quiero ser auténtico, rezo cuando me da la gana». Curiosa «autenticidad»: se vive de tal manera que nunca tiene uno ganas de rezar...

Podemos apreciar dos momentos diferentes en la oración del hombre que se esfuerza por acercarse a Dios, aunque sólo sea a través de una oración silenciosa, a saber: la siembra y la recolección. ¡Cuántas veces nos ocurre que no encontramos interlocutor en nuestra plegaria! Son momentos duros de siembra. En otras ocasiones, al contrario, el interlocutor se presenta antes de que empecemos a despegar los labios. ¿Qué explicación tienen estos hechos? Muy sencilla, si no olvidamos que la oración es a la vez un don y un ejercicio. Dios es un buen pedagogo.

1.- FUNDAMENTO DE TALES PRINCIPIOS

De las reflexiones precedentes podemos deducir algunas leyes de la oración, basadas en tres pilares:

- a) La naturaleza de los interlocutores.
- b) Las relaciones humanas.
- c) La situación concreta de la persona.

a) *Naturaleza de los interlocutores.*

El primer interlocutor es Dios, fuente de la que dimana una serie de principios teológicos.

El segundo es el hombre, origen, a su vez, de principios antropológicos.

b) *Relaciones humanas.*

Entre ambos interlocutores se entablan relaciones de amor y de verdad, que dan origen a un conjunto de leyes por las que se regulan dichas relaciones.

c) *Situación concreta de la persona.*

El hombre que pretende iniciar un diálogo con Dios, se encuentra en una situación determinada. Dios es inmutable; el hombre no. No será lo mismo orar en la quietud del campo, que rodearse del bullicio de la gran urbe; tampoco es comparable una situación de plena fidelidad a Dios, con los momentos posteriores a una caída. Son circunstancias que condicionan la oración.

«Nadie aprende a orar si no se pone a orar», dice Voillaume, como no aprende a nadar el que no se lanza al agua. Si olvidamos alguno de los elementos constitutivos de la trilogía oración (don, ejercicio y fruto), no conseguiremos progresar en el aprendizaje de la verdadera oración cristiana.

II- ORACIÓN QUE NAZCA DEL ESPÍRITU

Un elemento más de la oración. A diferencia de lo que pensaba el fariseo, observante riguroso de la ley, sólo hay auténtica oración si es Cristo quien la inspira, si nace realmente del Espíritu. Lo que pronuncian los labios ha de brotar del interior. Este Espíritu del que hablamos no es un espíritu cualquiera; se trata del Espíritu Santo, que es único.

III - ORACION COHERENTE

Una oración inspirada por el Espíritu Santo debe ser coherente, además de verdadera. Al hablar a Dios, hay que ser sincero. Si en eso que hemos dado en llamar «oración participada» u «oración-intercambio», brilla por su ausencia la verdad, estamos haciendo teatro. Tal oración sería una farsa y constituiría una ofensa a Dios. Las mentiras sagradas, siempre censurables, son cien mil veces peores cuando se pronuncian en público.

Sabemos que Dios escruta el fondo de nuestros corazones. Orar delante de El en unión de los hermanos, reunidos en nombre de Dios, y convertir el acto en una comedia (auténtico camelo que no nos convence) es, cuando menos, una señal de mal gusto, por no decir un signo de perversidad.

Orar es algo muy serio. No nos reunimos en oración para pronunciar brillantes discursos o lanzar la última novedad publicada en una revista teológica. Una oración participada de tipo «forum» produciría en los que tienen el sentido de Dios una aversión definitiva hacia esa forma de rezar en común. Muchos de los que se niegan a tomar parte en semejante tipo de oración lo hacen sin duda, por miedo a abandonar su cómoda rutina y tener que comprometer su tranquilidad, pero no es menos cierto que la conducta de los otros les proporciona con fre-

cuencia sólidos argumentos para actuar de ese modo. Busquemos la sinceridad, de forma que podamos humildemente pronunciar esta oración: «Señor, tú sabes que soy consciente de lo que digo, y que no hay en mí falsedad, porque lo que expresan mis labios me brota de lo íntimo del corazón».

Dije más arriba que la oración hecha «con espíritu de verdad» debe ser coherente. Nunca tiene que haber desajuste entre oración y vida, aunque es cierto que el Señor cuenta con la debilidad humana y sabe que existirá siempre, a pesar de nuestro esfuerzo, cierto desequilibrio, porque somos hombres. Lo único que nos exige es que comencemos por ser sinceros.

También apunté la idea de no confundir la oración cristiana con el yoga. Este es simplemente un ejercicio mental. Aquella nos sitúa frente a Dios, y, en el resplandor de su luz, vemos con claridad el mundo y la conducta de nuestro «yo» individual. Por esta razón la oración resulta molesta a muchas personas. Rezar no es nada sencillo. No se trata de ser simple espectador; hay que lanzarse al ruedo y enfrentarse con el enemigo que nos impide ver la verdad de Dios en nuestra propia vida.

Hablar de plegaria cristiana es lo mismo que hablar de oración filial, de actitud del hijo que reposa confiado en los brazos del padre. Al margen de tan consoladora verdad, pueden darse determinados gestos religiosos, pero en ningún caso identificables con la oración cristiana.

IV - LA ORACIÓN NOS COMUNICA LA MENTALIDAD DE DIOS

La oración es el momento más idóneo para empaparnos de los mismos sentimientos que tiene Dios para con los hombres. En ella aprenderemos a ser comprensivos con la debilidad humana, a perdonar una y otra vez sin cansarnos, a ser bondadosos con los mismos enemigos, a adoptar una actitud de apertura acogedora en toda circunstancia... Tales sentimientos van educando

gradualmente el corazón hasta convertirse en norma que regula las relaciones no sólo con Dios, sino también con todos los hombres.

V - ORACIÓN ECLESIAL

No podemos olvidar la dimensión eclesial o, dicho de otra manera, el sentir y vibrar con la Iglesia. ¿No creéis que en esta dimensión eclesial encontraríamos una pista de solución para el problema del Oficio? Sería cuestión de hacerlo más dinámico y activo, sin dejarnos esclavizar por los esquemas. Tampoco estaría de más la ayuda de algún buen texto de eclesiología, como «Meditations sur l'Eglise», del P. de Lubac.

Rezar con la Iglesia supone una educación bíblica. La oración de los judíos era la oración de todo el pueblo de Dios que subía a Jerusalén, que vibraba de entusiasmo por el gozo de encontrarse en el Templo, etc. Tal fue la oración de María, hija del pueblo de Israel.

En resumen, la oración eclesial debe ser cósmica, de modo que nos haga sintonizar con todo el universo. A este respecto, vendría aquí como anillo al dedo leer a Teilhard de Chardin, que trata el tema de un modo particularmente sugestivo.

C.- LOS RITMOS

Antes de abordar el problema de los ritmos de oración, recordemos una vez más la necesidad que tenemos de:

- la oración personal (nadie tiene derecho a privarnos de ella),
- la oración litúrgica,
- la oración comunitaria.

Una comunidad sin oración no acertará a encontrarse a sí misma; será una comunidad abstracta en el dilatado ámbito de la Iglesia, pero no llegará a descubrir su identidad. Nos podemos reunir, cantar con la Iglesia, y al mismo tiempo ignorar completamente a nuestros vecinos. Cierta día, uno de mis compañeros en un grupo de apostolado, se echó a llorar. Le pregunté qué le pasaba y me mostró una carta: Su padre acababa de morir. Si no se me hubiera ocurrido a mí el preguntarle, ¿quién se hubiera enterado del triste suceso sino él solo? Una comunidad es un conjunto de «piedras vivas», diferentes unas de otras.

Debemos también impregnar la plegaria comunitaria de una espiritualidad adecuada. Las encuestas de los retiros se proyectan con frecuencia en este sentido. Lo que ayuda a unos a rezar en la vida comunitaria (apostolado, trabajo, etc.), constituye no pocas veces un obstáculo para otros.

El normal desarrollo de la oración comunitaria exige un progreso equilibrado y constante. Se puede comparar con el ciclo vegetal de las plantas: el grano de trigo no se hace espiga de la noche a la mañana; tiene que pasar por un largo y paciente proceso.

Fue, sin duda, un error nuestro en el pasado - y no estoy emitiendo ningún juicio moral - el haber hecho de un juniorcito de 11 a 13 años poco menos que un Hermano hecho y

derecho. ¡No le faltaba más que la sotana! Argüiréis, tal vez: «Lo cierto es que dicho sistema produjo una legión de excelentes religiosos». Permitidme que disienta un poco en este punto: A mi juicio, no hay por qué atribuir los resultados positivos que apuntáis al hecho de haber impuesto un estilo de vida religiosa a un muchacho, sino más bien a una serie de elementos concomitantes:

- la familia del junior, moralmente sanísima;
- la vida sana del juniorado;
- el rezo diario del rosario, plegaria que no presenta especiales dificultades y que ayuda a meditar;
- las visitas al Santísimo, libres y, a veces, prolongadas;
- etcétera.

Lo que digo de los juniorados no es óbice para que podamos afirmar que cualquier tipo de oración exige un proceso de aprendizaje y de desarrollo.

Hay que tomar al aprendiz de la mano y acompañarlo en las distintas etapas, sobre todo en aquellas que suponen un paso importante de nivel, como por ejemplo, del no sentir a Dios a sentirlo de veras.

Prestad especial atención a estas tres circunstancias:

- Enseñad a dar el paso definitivo a quienes no saben orar.

Ayudad a los que no quieren o no pueden vivir lo que dicen en la oración, para que lleguen a querer y poder vivirlo.

- Estimulad a los que no aciertan a superar las dificultades en la práctica de la caridad fraterna.

Una vez conseguidas estas tres metas, podemos empezar a pensar en los ritmos de oración: ritmos de la persona, de la comunidad y de la vocación.

Vivimos, en efecto, la vida cristiana dentro de una vocación. La evolución de la vida bautismal corre normalmente pareja con el desarrollo de la vocación. Si sufre un bloqueo la vocación, lo corriente es que quede también resentida la vida bautismal.

De donde se colige la importancia de echar una mano a aquellos que atraviesan una crisis vocacional.

Al igual que la vida cristiana, debe saber encontrar nuestra oración una postura de equilibrio conveniente en medio de aparentes contradicciones, como éstas:

- La oración ¿es un don o un ejercicio?

- ¿Hay que orar cuando se quiera y como se quiera o, más bien, hemos de someternos a unas estructuras?

- ¿Qué norma debe prevalecer, la naturaleza o la fe?

- ¿Constituye la oración una llamada o una respuesta?

- La oración ¿es fuente que apaga la sed o, por el contrario, despierta la sed?

La respuesta más equilibrada a esta última pregunta sería: Unas veces da sed; otras, la apaga; y en ocasiones produce ambos efectos simultáneamente.

Respuesta parecida valdría para las restantes alternativas.

D. - COMETIDO CONFIADO A LA ORACIÓN Y ETAPAS PARA REALIZARLO

1 - *Iniciación.*

Quien no haya sido iniciado nunca en la oración, debe recibir esa iniciación por lo menos una vez. De lo contrario corre el riesgo de verse metido en un ambiente de oración, rodeado de estructuras de oración, sin haber orado en serio nunca ni haber tenido previamente una verdadera experiencia de Dios.

2 - *Personalización.*

Hay que formarse para una oración personal. De ahí la importancia de no planificar ejercicios comunitarios de piedad que tiendan a despersonalizar la oración.

3 - *Sobriedad.*

San Juan de la Cruz, maestro en el arte de orar, va despojando progresivamente a la oración de todas sus adherencias, hasta dejarla convertida en lo que él llama: «encuentro al desnudo de dos sustancias»: la sustancia pura del hombre y la sustancia pura de Dios.

4 - *Un problema.*

Toda comunidad, incluso la que ya sabe rezar, debe tener en cuenta a los «neófitos», es decir, a los principiantes, y darles tiempo para que pasen por las etapas de despegue, transición, consolidación y conquista de la madurez.

5 - Estructuras.

No podemos olvidar el significado e importancia que tienen. Cuando las estructuras sirven, aprovechémoslas. Pero empeñarse en conservarlas, sin otro motivo que el hecho de haber sido establecidas, no tiene sentido. Seamos realistas. Si no nos sirven, prescindamos de ellas. No hay por qué empeñarse sistemáticamente en ponerlas por las nubes, ni, simplemente, atribuirles más importancia de la que tienen.

Respetemos, sí, lo que es de institución divina. Fuera de eso, seamos ágiles para adaptar las estructuras al tiempo y al espacio. En cualquier caso, las estructuras han de girar en torno a dos ejes:

- el de la oración comunitaria propiamente dicha y
- el de la oración personal.

Para ambos tipos de oración conviene destacar dos momentos:

- La oración de la mañana, vivida de tal forma que proyecte la espiritualidad litúrgica al resto de la jornada.
- La oración de la noche, momento consagrado a la revisión, al agradecimiento, a la contrición, que son las manifestaciones del amor.

Atención también a las «heteroestructuras» y a las «contraestructuras».

- La heteroestructura consiste en hacer cabalgar una estructura no adecuada a lomos de ciertas formas de oración. Algo así como poner a un caballo los arcos de un camello.
- La contraestructura es todo aquello que bloquea o pone cortapisas a la oración.

E. - PROBLEMAS DE LA ORACIÓN COMUNITARIA

1 - *Plegaria en común y plegaria comunitaria.*

Algunos ejemplos concretos nos darán luz sobre estos dos niveles de oración. Lo ideal sería que una comunidad asentada sólidamente sobre la base de una oración en común, encontrara el ritmo y el dinamismo para el salto hacia la plegaria comunitaria.

Me explico: Os acordáis, sin duda, de la relación que he establecido más arriba entre método y espontaneidad, aplicados a la oración personal. El método es como el rail. Cuando sintáis la inspiración en vuestra oración personal, prescindid del método y dad paso franco a la espontaneidad. Pero cuando no sepáis qué decir, seguid el método. De la oración comunitaria podemos afirmar lo mismo: La oración en común viene a ser como el método de la oración comunitaria. Es una oración prefabricada; la comunidad la utiliza sin creatividad; propiamente hablando, no es la expresión del sentir comunitario.

Por el contrario, la oración comunitaria es una creación, un producto de la comunidad; algo así como el fruto de la inspiración y del dinamismo comunitarios. Representa el momento en que la comunidad puede encontrar su propia respiración. Oración ideal, sin duda alguna, por cuanto es uno de los medios más eficaces para sostener a los Hermanos y edificar la verdadera comunidad.

Si la oración personal no es algo que surge como por encanto, tampoco la oración comunitaria podemos sacárnosla de la manga por arte de magia; supone siempre trabajo, esfuerzo y método.

Os estoy hablando de la oración en común como punto de partida para llegar a la comunitaria, pero entiéndase bien que

hay que pasar frecuentemente de la una a la otra. Cuando una comunidad no hace oración comunitaria, debe hacer oración en común. En caso contrario, no tiene por qué sentirse encadenada totalmente por la oración en común; es preferible dejarse llevar libremente de la espontaneidad.

Ejemplo: Los miembros del Consejo General hicimos recientemente unos ejercicios con el P. Häring. Supo éste hacernos vivir intensamente la liturgia, y manifestó luego la buena impresión que le habíamos causado con nuestra participación en ella. «Veo satisfecho, dijo, que tienen Vds. una experiencia de oración, puesto que son capaces de abrirse mutuamente con tanta sencillez y espontaneidad».

Sin embargo, no habíamos hecho cosa del otro mundo: Colocamos en la capilla principal un ambón con la Biblia, y unos bancos alrededor, y comenzaba allí la liturgia de la Palabra. Escuchada la lectura del texto bíblico, permanecíamos entre cinco y diez minutos en actitud recogida para reflexionar sobre lo leído y preparar (si teníamos que hacerla) nuestra manifestación personal. (Un diálogo espiritual que no brota de lo más hondo del alma, es algo estéril que se va perdiendo en futilidades). Tras esos minutos de fecundo silencio, iba cada cual exponiendo con calma, sin ninguna prisa, lo que la Palabra de Dios le había sugerido. Después de cada intervención, nuevos instantes de silencio nos permitían asimilar lo que el Hermano había querido decir y eran además una prueba de respeto al que había tomado la palabra.

Aparte del tiempo que cada uno dedicaba a la preparación de la misa, ésta venía a durar de hora a hora y cuarto, y no se prolongaba más porque el horario de la casa no lo permitía.

Las Vísperas, salmodiadas también pausadamente, duraban una media hora.

Respecto al tiempo que consagramos a la oración, podéis ver por el ejemplo anterior que el ritmo de una comunidad

puede desbordar ampliamente al de otra que tenga por costumbre «fusilar las oraciones con ametralladora».

Estoy pensando en los formalismos de antaño y también en los actuales: ¡Que no hemos rezado el ofrecimiento de obras! ¿Que nos hemos saltado un salmo de Laudés?... Yo respondería: ¿Habéis rezado únicamente un salmo de Laudés, meditándolo, y luego habéis leído la Palabra de Dios, empleando media hora en conjunto? ¿No es eso preferible a «despachar» los cinco salmos del Oficio?

Cuando hacéis un tipo de oración semejante, tenéis conciencia, al menos, del tiempo que debierais emplear en la recitación normal del Oficio.

2 - *Rezar con las constituciones.*

Quisiera ser muy práctico y subrayar un punto importante. En un diálogo mantenido con algunos Provinciales llegamos a la conclusión de la conveniencia de invitar a los Hermanos a interiorizar cada vez más las Constituciones, especialmente en la etapa de fervor que precede a un Capítulo General. Nos pareció a todos que el momento más idóneo sería el que sigue a la comunión. En la paz que inunda al alma después de comulgar, sería muy útil leer un párrafo de las Constituciones, con toda la dignidad del caso, y bajo la mirada de Jesús, operante en nosotros, vivificaríamos el carisma del Instituto en nuestro interior. Las Constituciones, en efecto, no se discuten; se meditan.

El que quede indiferente ante su lectura, que guarde silencio; los que no estén de acuerdo con el punto leído, que dejen para otra ocasión ese tipo de manifestaciones. Pero los que sientan que el Espíritu de Dios se ha adueñado de ellos a través de la lectura meditada de las Constituciones, pueden hacer partícipes a los demás Hermanos de sus propios sentimientos o, en cualquier caso, hablar con el Señor sobre las vivencias que han

tenido en esos instantes. De este modo, día a día, esa pequeña lámpara que somos cada uno de nosotros, proyectará claridad en beneficio de los demás, sobre una palabra, una línea de ese libro que debemos descubrir todos juntos.

Insisto una vez más en que no se trata de comentar por comentar, sino de ofrecer a la comunidad una experiencia vivida. El resultado será que los Hermanos empiezan por oír, pasan luego a escuchar, y, poco a poco, acaban por interiorizar esas ideas y aplicarlas a su vida cotidiana.

Alguno pensará, tal vez, que me aparto del tema al pasar de la oración a las Constituciones. Pero no, amigos, no; porque la oración comunitaria, en resumidas cuentas, no es más que una comunidad que cree y manifiesta en común» con su propio lenguaje, lo que siente, lo que quiere, espera y ama. Y si no hay comunidad, no puede existir oración comunitaria.

Cuando vemos a un grupo de hombres que conviven sin amarse, o que se aman sin compartir la misma vida, sin tejer juntos la red de alegrías y de penas que impone el diario vivir; de hombres que no tienen un ideal común..., no podemos hablar de vida comunitaria. A lo más, de vida en común. Con la oración ocurre otro tanto: la oración comunitaria exige vida en común, comunidad, y tiene que ser expresión de la comunidad existente; sólo así podrá ser el instrumento adecuado para crear una comunidad mejor.

Ni más ni menos: es de la oración comunitaria de donde tiene que surgir la verdadera comunidad. Lo mismo ocurre entre oración personal y Evangelio: cuando nos expresamos por medio de la oración personal, aflora en nosotros el Evangelio que llevamos en nuestro interior, y al expresar así el Evangelio, nos estamos de nuevo evangelizando. Dicho de otro modo: hay, a la par, emisión y recepción.

Si hago hincapié en las Constituciones es por una razón muy sencilla: la comunidad que habla no es una comunidad cualquiera; es una comunidad marista.

La Iglesia, por ejemplo, es la comunidad que se forma en torno al Señor Jesús. No se trata de un grupo unido por identidad de funciones o comunidad de bienes; son la gracia del Padre, la vida de Jesús y el soplo del Espíritu los que realizan verdaderamente tal solidaridad. Y la comunidad marista tiene también que percatarse de que, si vive una forma de vida tan singular como es el celibato consagrado, lo debe al Señor Jesús y a su Reino. ¿Quién nos ha reunido? El Señor Jesús (congregavit nos in unum Christi amor).

Insensatez sería el olvidar que la oración es el primer motivo de nuestra vida en común. Insensatez también, el no darnos cuenta de que si el verdadero manantial de nuestra solidaridad se nos hace amargo, es porque no sabemos rezar.

Lo que nos mantiene en común como cristianos es el Señor Jesús; como maristas, el hecho de comulgar con el alma colectiva de la Congregación, el llevarla metida en lo más hondo de nuestro ser. Ahora bien, esa alma colectiva ha encontrado, históricamente hablando, su expresión más perfecta en nuestras actuales Constituciones. Media un abismo entre las que hoy tenemos y las que conocimos en el pasado. Creo sinceramente que las actuales reflejan con mucha mayor fidelidad que las antiguas la figura y el pensamiento del P. Champagnat.

Lo malo es que apenas si han pasado de letra impresa.

Sólo cuando aprendamos a rezar a partir de un texto de las Constituciones y a comunicarnos, en fraterno intercambio, lo que esas Constituciones nos están diciendo a cada uno, sólo entonces podremos afirmar que las llevamos también impresas en el alma.

Mala cosa sería llegar al próximo Capítulo General para hacer una crítica de las Constituciones, sin haberlas de antemano interiorizado por medio de la oración.

Habéis visto, pues, cómo se va forjando el alma colectiva. Sólo cuando la tengamos grabada profundamente en cada uno de nosotros, es cuando comenzaremos a tener plena conciencia de lo que nos une.

No renovaremos la vida religiosa paseándonos por el terreno de la teología de la vida religiosa. Será una realidad la renovación cuando nos abrebemos de continuo en las límpidas fuentes del Evangelio y de los orígenes del Instituto.

No hay por qué calentarse la cabeza pensando en lo que tenemos de común con tal o cual Instituto y con los cristianos del mundo. Ciertamente puede tratarse de una reflexión válida en el terreno de lo especulativo. Pero, de cara a mi vocación, lo que importa es que yo me diga honradamente a mí mismo: He sido llamado a una forma de vida determinada, en un Instituto determinado, y no puedo considerar a éste únicamente como un grupo que merece todos mis respetos y hasta mi veneración, sino como la encarnación viva de un carisma. De un carisma que ha tenido su origen y su desarrollo histórico, pero que ha sido y continúa siendo un don del Espíritu a la Iglesia y una forma eficaz de servir a esa misma Iglesia.

Tampoco se trata de querer cambiarlo todo, sin tener en cuenta la realidad concreta de la comunidad en el lugar donde está enclavada.

Aceptar para comunicar; comunicar para transmitir; transmitir para fecundar.

Aceptar ante todo la formación recibida, como punto de partida, en uno mismo y en los demás.

En uno mismo. Este será un aspecto de la aceptación de sí mismo, una aceptación gozosa, sabrosa, que Guardini llama «uno de los mejores dones de Dios».

En los demás. Aquí entra el problema de aceptar a la comunidad con dinamismo, como un material de construcción, y respetarla al mismo tiempo. No tiene uno derecho a pedir que le acepten, si él no sabe aceptar a los otros como son.

Aceptar a la comunidad en que me encuentro, con sus estructuras, no significa inmovilismo. El hecho de haberla aceptado y de haber conseguido vivir en armonía con ella me da precisamente una seguridad mayor para ejercer una crítica sana y constructiva.

F. - ETAPAS DE LA ORACIÓN COMUNITARIA

1 - *Libros.*

Utilizar un libro para la oración comunitaria, ya que no es posible improvisar todos los días. Después de un trabajo agotador o de una jornada en la que no han escaseado las inevitables y molestas fricciones, resulta un poco difícil mantenerse con el espíritu bien a tono. Un buen libro podría tonificarnos.

El Consejo General ha insistido en que se adopte un libro de Oficio, a título de experiencia, hasta el próximo Capítulo General. Si lo hacéis así, los Capitulares de 1976 podrán exponer sus opiniones acerca de los libros utilizados en diversos lugares. Lo que no se puede hacer es ponerse a discutir sobre un tema del que no se tiene experiencia alguna.

Lamento el que todavía continúen algunas provincias empleando como único libro de rezo el Oficio Mariano de En-Calcat. Ha quedado muy atrás con respecto al nuevo breviario. En este último, por ejemplo, los Maitines aparecen remplazados por el Oficio de Lecturas; las Horas Menores han sido completamente modificadas; etcétera. Los monjes de En-Calcat no piensan, al menos por ahora, poner al día su Oficio Mariano.

Por lo tanto, hay que adoptar «ad experimentum» otro libro que reúna condiciones de calidad.

En francés es muy bueno «Prière du Temps Présent».

En español, me parece excelente el Oficio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Argentina.

Ultimamente hemos comenzado a publicar en off-set, en lengua francesa, un suplemento mariano (a cargo de la Secretaría General), que es francamente bueno y cuya adaptación a otras lenguas no ofrece mayor dificultad.

Las fuentes de nuestra plegaria litúrgica han de ser: La Biblia, con la que todos debiéramos estar familiarizados, y los documentos Conciliares y Capitulares. Dichos textos tienen que estar a disposición de los Hermanos, que deben usar de ellos como de libros de cabecera.

2 - *Estructuras.*

Se necesita un reglamento de base, o, en otros términos, ciertas estructuras fundamentales. Nos movemos en la dimensión espacio-tiempo y no todos los espacios ni todos los tiempos convienen por igual a las distintas acciones. Hemos estado a veces, en el pasado, jugando como niños a romper estructuras, cuando lo que de veras hacía falta era liberalizarlas, ya que habíamos convertido en fin lo que no pasaba de ser un medio. Devolvámosles, enhorabuena, su papel de instrumentos.

* *El lugar.*

Estaréis de acuerdo conmigo en que la oración exige un lugar adecuado. El que acude a él lo hace porque se propone exclusivamente orar. Si la comunidad quiere hacer las cosas con toda la seriedad requerida, puede pensar en una preparación del ambiente: una gran cruz desnuda, luz conveniente, actitud del cuerpo un poco al estilo oriental, etc...

Pensad en el yoga: se condiciona al cuerpo con vistas a una mejor resonancia del espíritu.

Son medios que no pasan de ser lo que son, aunque no por eso menos dignos de aprecio.

Digamos de paso que nuestros rosarios no invitan siempre a la oración.

En ocasiones, nos encontramos también con imágenes que exigen buena dosis de fe para que sintamos devoción. En este punto, como en otros muchos, se necesitaría una educación previa.

No penséis tampoco que una imaginería sansulpiciana pueda ayudar espiritualmente a los jóvenes actuales.

Los Hermanos de cierta edad, acostumbrados a ese tipo de espiritualidad, pueden muy bien encontrar en él la devoción, y puede asimismo ocurrir que no les diga nada una cruz de palo desnuda. Al fin y al cabo, se trata de una educación y de unos gustos diferentes. Es éste un tema que se presta a largas discusiones. Parece, con todo, muy significativo que un San Juan de la Cruz, por ejemplo, nos diga que para llegar a la oración sustancial y robusta, hay que liberar al hombre, en cuanto sea posible, de todo soporte exterior. De donde se colige que un arte «fácil» no es la mejor solución.

**** El tiempo.**

La oración requiere periodicidad y duración determinadas. Los dos elementos combinados vienen a constituir el ritmo de la oración. Tenemos necesidad, fundamentalmente, de un ritmo diario y de otro semanal. Pero también es necesario, cada vez más, un ritmo de recuperación, que hay que tomar muy en serio. Si notáis, por ejemplo, que en vuestra comunidad o en vuestra Provincia el ritmo de trabajo es aplastante, saltad, resueltos, en defensa de los derechos de Dios y de la persona en sus relaciones con Dios, que son inalienables.

Antes del Capítulo hice frecuentemente hincapié en la importancia del estudio religioso y expresé mis anhelos de poder contar con unas estructuras que permitiesen a todos los Hermanos el hacerlo con regularidad, de acuerdo con las circunstancias de cada persona. Me daba perfecta cuenta de las dificultades que tal proyecto llevaría aparejadas. Dios es testigo de que la experiencia ha sido a todas luces decepcionante. Estamos, en efecto, comprobando cómo descienden la cultura religiosa y el dinamismo apostólico en no pocas provincias, salvo en los casos de Hermanos que han seguido en serio cursos de religión.

De ello se resiente la oración personal, que está también retrocediendo de unas metas ya logradas a lo que podríamos llamar el ciclo vegetativo.

Estoy convencido de que el estudio religioso es tan necesario para nuestra vida espiritual como el oxígeno para los pulmones. Rotas las vallas que lo protegían, ha sucumbido, víctima de los «inmediatismos» que nos asedian.

Tanto el estudio religioso como la vida de comunidad se sienten hoy amenazados por un trabajo planificado sin cabeza. Hay países, por ejemplo, en los que se considera antisocial no utilizar hasta donde se pueda los locales escolares, motivo por el cual se organizan hasta tres turnos de clases con un total de unas 16 horas diarias. Será un hecho muy «social» y muy bienintencionado; pero yo me pregunto: ¿Qué tiempo les queda a nuestros Hermanos para reunirse en comunidad? ¿En qué momentos pueden disfrutar de las alegrías de vivir juntos?

Estamos perdiendo vocaciones por someterlas a prueba más de la cuenta (toda persona tiene sus límites de resistencia). En otros casos es el propio Hermano quien se carga con un trabajo excesivo. Permitidme que os diga: un exceso de perfección en las tareas profesionales constituye un desequilibrio, desde el momento en que no deja tiempo suficiente para dedicarse a la oración.

¿Qué sentido puede tener hablar de oración creativa en comunidad, si no aseguramos primero la presencia de la comunidad? Tres Hermanos que se juntan para orar comunitariamente en una comunidad de tres, tienen más facilidad para hacerlo que otros tres, pertenecientes a una comunidad de diez, pero ausentes al rezo siete de ellos. Situaos en su caso: Se encuentran incómodos. Se preguntan: ¿dónde están los otros? Sienten físicamente un vacío que no debiera existir, que no tiene justificación. Los efectos de tal ausencia son desastrosos. No sólo se ve uno privado de la oración de los ausentes sino que queda bloqueado el mismo engranaje que debiera llevar a la comunidad al descubrimiento de su propia identidad.

En una época anticolonialista como la nuestra, son frecuentes expresiones como éstas: «pueblos empeñados en la búsqueda de su propio destino», «voluntad de encontrar su propio ser y manifestar su identidad». También nuestras comunidades deben realizar un esfuerzo de identidad comunitaria, esfuerzo para descubrir y manifestar su propia alma.

Las cosas suceden así, poco más o menos: Comienzan las ausencias de éste o de aquél a la oración de la mañana que se hace en comunidad: El uno encuentra más cómodo quedarse en su habitación; el otro se cae de sueño (¡no se ha de caer, si estuvo hasta las tantas de la noche viendo por televisión el partido de la temporada!...). Las consecuencias vienen solas: desaparecen los encuentros comunitarios, no se realiza casi nada en comunidad, no se ve juntos a los Hermanos, que no encuentran para ello ni tiempo ni lugar.

Tal situación nos recuerda al marido egoísta que, acabada la luna de miel, reorganiza su vida a la manera de un solterón: vive a sus anchas, continúa dando pábulo a las antiguas necesidades, costumbres y veleidades, y no cuenta para nada en su vida aquélla a la que juró amar. De novios, todo era repetirle: «¡Te quiero!», y ahora, de casados, la tiene poco menos que arrinconada.

¿No hay también Hermanos que se portan en comunidad (a la que se vincularon con lazos parecidos a los del matrimonio) como solterones egoístas? ¿Hermanos a quienes les importa un bledo la calidad de la vida comunitaria?

¡Surjan, enhorabuena, los valientes, capaces de dar al traste con la indolencia y con la cobardía! Hermanos responsables, conocedores de las posibilidades de la comunidad y dispuestos a empujarla hacia metas más elevadas.

Oración fervorosa.

Se trata, sencillamente, de la oración bien hecha.

Con ocasión de una convivencia con Hermanos Directores, tuve ocasión de asistir a una recitación del Oficio verdaderamente edificante: se percibía un grato ambiente de respeto a la Palabra de Dios. La salmodia era fluida, deliciosa; podía uno seguirla perfectamente, aun sin tener el libro entre las manos.

Pero la medalla tiene también su reverso: Siendo yo director del Segundo Noviciado, hice la siguiente experiencia: grabar en cinta magnetofónica, sin que los Hermanos se diesen cuenta, la recitación del Oficio, y hacerles escuchar luego la grabación. De risa... La ocurrencia, sin embargo, dio su fruto: en lo sucesivo se rezó bien el Oficio, en lugar de «despacharlo», de prisa y corriendo, como hasta entonces.

Comprendo que a los Hermanos de cierta edad no les haga mucha gracia el cambiar de libro de Oficio. ¡Como que se lo saben casi ya de memoria!... Ello les permite cerrar los ojos de vez en cuando, para interiorizar lo que rezan. Tal vez por esa misma razón se repiten determinados himnos en el libro «*Prière du Temps Présent*». Con todo, no hay que poner obstáculos a la evolución de la forma de rezar en comunidad. Y, dicho sea de paso, no faltan Hermanos ya muy maduros en años, que muestran hacia la creatividad una comprensión y una apertura que no se ven a veces ni en los mismos jóvenes.

Al Superior le toca dosificar convenientemente los esfuerzos exigidos, pero, a condición, eso sí, de que se rompa a todo trance con el inmovilismo. Hay que saber aprovechar las circunstancias favorables para poner en marcha una experiencia nueva. Luego se irán sucediendo otras, hasta conseguir que incluso los más reticentes comprueben que se trata de algo positivo.

El primer paso es lograr una recitación decorosa; ya vendrá luego el ponerse de acuerdo para elegir libremente la oración.

Un ejemplo concreto: Un buen día se dice en comunidad: «Hoy vamos a rezar sólo un salmo, en lugar de tres; pero un salmo bien elegido. Puesto que el día de ayer fue de gran gozo para nosotros, por tal motivo (citarlo), rezaremos el salmo n° tantos, que se encuentra en tal página. Con el Pueblo de Israel, cantaremos al Señor un himno de gratitud; leeremos luego tal pasaje de San Pablo, donde se hace hincapié en el amor de Dios a los hombres».

Al motivar así la oración, tenemos lo que podríamos llamar oración selectiva, creativa.

No se trata de acortar, con este sistema, el tiempo de oración. En una comunidad de hombres serios, la oración así recordada en cuanto a la extensión de los textos, suele durar más que la oración normal.

Oración animada.

La misión del animador consiste en contribuir a la educación bíblica y eclesial de la comunidad. Para ello tiene que dar cabida en la oración a determinadas circunstancias que está viviendo la comunidad, y proyectar sobre ellas la luz de la Fe y de la Escritura.

Sería muy hermoso, y no me parece utópico, que todos, o al menos la mayoría de los Hermanos, aceptaran de buen grado el desempeñar, alternativamente, el papel de animadores. Por de pronto, desaparecerían ciertas sonrisas y comentarios que tanto daño infieren a la espontaneidad.

Ya se sabe que las cosas espontáneas no tienen por qué ser perfectas. Y todo el mundo ha de tener suficiente capacidad de comprensión, ayudada por la propia experiencia, par entender que, al hablar con Dios, hemos de emplear un estilo sencillo, aunque sea farfullando las palabras y haciendo esfuerzos por

construir una frase que no quiere salir. Un posible lapsus no tiene importancia.

Peor sería lo contrario, a saber: la frase demasiado académica, amanerada, cargada de «prudencia», para no comprometernos.

Oración creativa.

Admite dos formas: con esquema, o espontánea.

a) *Con esquema - guía.*

Un miembro de la comunidad crea un esquema de oración que no coincide con el libro, y que surge después de haber meditado acerca de lo que en este momento es más útil para la comunidad. Conoce bien a los componentes del grupo y hasta el ritmo de la respiración espiritual de cada Hermano. Dará muestras de un sentido realista si pone en manos de cada cual un ejemplar del esquema.

b) *Totalmente espontánea.*

La comunidad empieza por adoptar una postura de espíritu de oración. Puede comenzarse por una plegaria introductoria, objetiva, de gran sobriedad, dicha en voz alta por alguien que sienta a Dios y quiera hablarle. Sigue la lectura de la Palabra y ¡en marcha!

Me acuerdo ahora de un grupo de jóvenes colombianos:

Era la época en que era de uso corriente el hacer visitas al Santísimo. Se preguntaban, en animado diálogo, cuánto tiempo por semana deberían dedicar a rezar ante el Sagrario. Una hora les parecía muy poco. Alguien propuso una noche de vela, y aquellos muchachos vibraron de entusiasmo. Para ellos, ¡o todo, o nada!

¡Estupendos muchachos! Me parece que los estoy viendo aún: comenzaba uno por decir en voz alta al Señor lo que le dictaba el corazón. Seguía un silencio de cinco a diez minutos. Luego, otro; nuevo silencio, y así sucesivamente. Yo creo que

en aquella especie de homilía participada, todos tuvieron algo que decir, y lo dijeron con el corazón en la mano.

Digo con toda intención «una especie de homilía» porque quiero evitar todo equívoco. En efecto, tal vez se haya hecho mucho ruido en torno al slogan: «No a las homilías participadas». Totalmente de acuerdo, si la palabra «homilía» se toma en su más hondo sentido. La homilía verdadera implica ciertamente un ejercicio de la pastoral profética con respecto a la comunidad cristiana, realizado por alguien que, habiendo recibido la consagración y la misión, preside las asambleas y da una explicación cualificada de la Palabra de Dios. En ese sentido, no todo el Pueblo de Dios ha recibido de la Jerarquía dicho encargo. Pero sería también un error el creer que las diversas puntualizaciones de la autoridad eclesial acerca de la homilía participada, hagan referencia a toda forma de diálogo entre cristianos reunidos en asamblea. ¿Puede pretender alguien que la Eucaristía sea un aguafiestas de las relaciones humanas? ¿Cómo se explicarían entonces, tantos textos de las Actas de los Apóstoles que nos hablan de muy diferente manera? ¿Cómo se cumpliría el oráculo del profeta que dice: «Vendrán días en que vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, edificándose unos a otros»?

Hablemos, pues, no de homilía, sino de diálogo, destinado a transmitir a los hermanos los sentimientos espirituales, en presencia del Señor Sacramentado.

Oración de compromiso.

Es la más exigente. Me voy a fijar en el caso de los Focolarini. Se reúnen periódicamente por la mañana para leer el Evangelio. Eligen por tema una frase como: «Brille vuestra luz delante de los hombres, para que glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos». Todo el grupo se compromete a vivir esa doctrina a lo largo del día. Reunidos de nuevo por la tarde, examinan cómo han cumplido personalmente la con-

signa de la mañana. Si hay varios que afirman: «me he olvidado; no he sido luz para los otros», se da por descontado que no se ha vivido colectivamente el ideal propuesto, y al día siguiente se vuelve a insistir en el mismo tema. Lo mismo al tercer día, si lo juzgan necesario, hasta conseguir que todo el grupo dé testimonio colectivo de la Palabra. Todos los «tentáculos del pulpo» se ponen en movimiento para realizar la misma empresa.

Alcanzado el objetivo — sigo refiriéndome a los Focolarini — se pasa a otro texto evangélico. Nuevo compromiso de vida, hasta conseguir encarnarlo. De esta manera, sin hacer mucho ruido, se convierten en testimonio evangélico ante los demás hombres. Lo que les preocupa es vivir alerta y empeñarse del todo en conseguir que los hombres alaben a Dios a través del testimonio del grupo. Esto también es creatividad.

Yo no puedo autorizar a los Hermanos o a las comunidades a realizar cosas opuestas al Directorio. Directorio y Consuetudines son la plataforma de base; pero un principio clave es éste: todo lo que hay escrito en ellos se ha escrito para nuestro bien. Por lo tanto, si un día concreto alguien se percatara de que otra forma distinta de rezar le hace mayor bien, enhorabuena si es capaz de ponerla en práctica.

Con todo, hago una salvedad: no toquéis la Eucarestía, pues en ella está en juego el poder activo de Jesús. No suprimáis tampoco más de una vez por semana la meditación personal para hacer en su lugar meditación compartida. De lo contrario, alienaríais a la persona. Es necesario a todo trance asegurar el ritmo de la oración personal.

Podéis, pues, hacer en comunidad una oración participada, con tal de que no reduzcáis el tiempo destinado a la meditación. Por ejemplo: Alterad el rezo de Laudes y Rosario, dedicando media hora a un solo ejercicio en lugar del cuarto de hora que emplearíais en cada uno de los dos. Otro día hacéis a la inversa.

Todo esto es justificable, incluso cuando se hace con fre-

cuencia, si es realmente la expresión de vuestro dinamismo y de vuestra creatividad.

Cuando veáis que la comunidad marcha, y que le gusta la creatividad, seguid adelante mientras se pueda, pero, os lo repito, no recortéis el tiempo normal de oración, ni con creatividad ni sin ella.

Si, a pesar de vuestros esfuerzos, hay ausencias frecuentes, estableced tiempos de recuperación. Será el mejor exponente de que habéis tomado en serio a vuestra comunidad.

Permitidme hacer alusión a una comunidad que pasaba toda la mañana del domingo en oración, reunida en la casa provincial. Los Hermanos habían tomado conciencia de que la vida comunitaria bien vivida vale por todos los espectáculos y satisfacciones que pueda ofrecer la gran ciudad, y comprendían que sin ese contacto comunitario con el Señor y con los hermanos, su apostolado sería estéril. Se trataba de un grupo de Hermanos para quienes construir la comunidad no consistía precisamente en vivir encerrados entre cuatro paredes.

G. - LEYES DE LA ORACIÓN CREATIVA

La oración creativa está regulada por unas leyes, a las que hay que adaptarse:

1ª - Importa mucho no hacer *cambios* demasiado frecuentes. Las experiencias, para ser fructuosas, exigen tiempo, como norma general. Sucede a menudo que se introducen novedades sólo por el afán de novedad, con detrimento de la oración de muchas personas, que no aciertan a rezar cuando hay demasiados cambios.

Son necesarios algunos días para asimilar la novedad, para evaluarla y para adquirir facilidad en el rezo. El cambio sólo es fecundo cuando puede ser asimilado. Si se transforma en rutina superficial, sin pasar a la entraña del organismo comunitario, hay que echar marcha atrás. La capacidad de asimilación varía mucho de una cosa a otra. Hay comunidades en las que la eficacia del cambio es muy duradera; otras, por el contrario, necesitan cambiar de ritmo con más frecuencia.

2ª - LA SEGUNDA LEY ATAÑE A LAS PROPORCIONES

No olvidéis nunca la doble dimensión: comunitaria y personal, a las que hay que añadir también la dimensión eclesial. Conjugad las tres con inteligencia y buen tacto. Por ejemplo, si un día dedicáis más tiempo a la oración comunitaria, al día siguiente haced lo propio con la oración personal, para restablecer el equilibrio.

No hay que olvidar tampoco el nivel. En general, se debe mantener un nivel medio. Si la comunidad camina a paso de tortuga, es probable que se anquilese en la mediocridad. Si le imponéis un ritmo de campeonatos olímpicos, quedará muy pronto extenuada. No; cuando un equipo de Hermanos se reúna para

organizar algo que suponga un paso adelante, iníciase la marcha con un ritmo medio; poco a poco ya irán acelerando.

Cuando se trata de exigencia, puede ser muy peligroso el supeditarse a lo que se ha dado en llamar «consensus». Se discute, pongo por caso, el nivel que podría ser aceptado por todos. Si alguien propone metas un tanto elevadas, otro podrá responder: «No estoy de acuerdo. ¡Levantarse puntualmente todos los días, rezar a diario laudes en comunidad y asistir a la misa y al rosario: yo no veo por qué hay que imponer todo esto al grupo!». A la vista de posturas como ésta, se baja de nivel. Como véis, con este sistema llegaríamos a un punto en que no se trataría de iniciar el salto partiendo de dos o de un metro. Se partiría de cero. ¡Hasta un paralítico podría dar este salto a ras de tierra!

3ª - LEY DE LAS CONVENIENCIAS Y PRECAUCIONES

Es necesario que el animador de la comunidad la conozca bien, y que sepa luego hacer como todo buen cocinero: variar el menú según los gustos y necesidades de sus huéspedes. ¿No es también el menú del espíritu una realidad? Imposible, desde luego, contentar siempre a todos; pero, al menos de vez en cuando, hay que tener en cuenta determinados paladares.

Supongamos que a un Hermano le encanta el latín, como lengua litúrgica: se trata de un buen latinista, que ha estudiado, además, canto llano, que posee un depurado gusto artístico, etc. ¿Por qué no darle ocasión, alguna que otra vez, de orar con unos textos y con unos ritmos que no tienen por fuerza que ser siempre modernos? El amor y la comprensión han de tener en nosotros suficiente pujanza como para renunciar a las propias inclinaciones por complacer a los demás; si no, ¡arreglados andamos!...

Insisto, pues: No imponga el animador sus propias preferencias; adáptelas más bien al gusto de los otros.

Los hombres dotados de tacto e inteligencia para saber medir las posibilidades de cada persona, pueden hacer un bien incalculable como animadores de la comunidad.

Permitidme que descienda a un caso concreto:

Si alguien os dice: «A mí no me dicen nada ni los salmos ni la oración en común», podéis muy bien responderle:

— Aquí, amigo, sucede como en las casas de comidas. Podemos servir al cliente de dos maneras: al estilo de un restaurante, y al estilo de un banquete. Ya sabes que en un restaurante puedes pedir lo que se te antoje, si tienes dinero; y, si no lo tienes, ¿a qué te has metido aquí? Sabes también que en un banquete el menú es único y unifica en cierto modo a los comensales. No se acude al banquete sólo para comer, sino para convivir, para «vivir juntos» (Por eso Cicerón prefería el término latino «convivium» al griego «symposion», que significa «beber juntos»).

Es verdad. En el banquete nos sentamos a la misma mesa, comemos de los mismos manjares y, sobre todo, participamos de la misma fiesta. ¡Con cuánto acierto se está empleando en nuestros días el término «fiesta» para designar la oración en común, las celebraciones de la Eucaristía y de la Palabra!

Caridad y el mismo plato para todos: eso es, ni más ni menos, la oración comunitaria. Introducir en ella las reglas del gusto individual, carece de sentido, e indicaría un desconocimiento total de la oración comunitaria. La norma de oro es, pues, saberse adaptar al tipo de oración que más convenga al grupo. Si empezáis a decir: «A mí no me gusta de tal o cual modo», rompéis la unidad y deja de ser la oración, por vuestra culpa, un instrumento de comunión.

No entra en mi propósito el orientar exclusivamente la renovación por las vías de la oración. Por eso he hablado primero de Comunidad. Comunidad de fe, comunidad integral. Yo entiendo

por comunidad integral aquella en la que todos trabajan por lo mismo, se solazan juntos, se sientan a la misma mesa, ponen los bienes en común y rezan juntos al Padre. Comunidad, en resumidas cuentas, de fe, de esperanza, de amor, de amistad, de trabajo y de bienes.

Si la comunidad no va más allá de la solidaridad, dudo mucho de que podamos acometer la empresa de la renovación. Digo más: Utilizar la expresión «Vida Comunitaria» es abusivo cuando no introducimos como elemento esencial el dinamismo de la oración.

He recogido, en reuniones con Superiores Generales de Congregaciones laicales, impresiones como estas:

Parece que comienzan a surgir, acá y allá, ciertos desengaños ante determinadas modalidades de vida comunitaria actual. Comienza también a empalagar la teología de la vida religiosa, cuando comienza a teorizar sobre la comunidad y sobre la «búsqueda de la identidad»; cuando intenta analizar por mil modos la sustancia de la vida religiosa y señalar con precisión el puesto que la vida religiosa ocupa en la Iglesia; etc. Este perpetuo replegarse sobre sí mismo, aun en el terreno comunitario, no conduce a nada. No hay que sorprenderse, por lo tanto, de que ciertos temas que tuvieron gran interés durante la crisis posconciliar, comiencen ya a no decirnos nada.

Tenemos también, aunque menos virulenta, toda esa proliferación de fraternidades, de pequeñas comunidades, etc., que le hacen a uno pensar: «No todo lo que reluce es oro».

Parece ser que estamos ya de vuelta y que se va poniendo gran empeño (lo mismo en las comunidades grandes que en las pequeñas) en dar de mano a tantas teorías, en vivir el Evangelio con espíritu sereno y con entera lealtad, y en ocuparse de alguna obra de apostolado que valga la pena.

A través de una fatigosa búsqueda, iremos descubriendo cómo la vida de oración, sola, no basta; ni tampoco la vida comunitaria. El dinamismo cristiano sólo funcionará perfectamente cuando caminen ambas cogidas de la mano.

CONCLUSIÓN

Si es auténtica mi oración, no me daré punto de reposo ni dejaré tampoco «tranquila» a mi comunidad: Ninguno de los dos podemos vivir arrastrándonos. Y si mis hermanos rezan de veras, reaccionarán, a buen seguro, con la luz que reciban en la oración y provocarán también en mí nuevas exigencias para conmigo mismo y para con ellos.

¡Divina dialéctica la que hace «saltar como cabritillos» (en expresión del Profeta) aun a los más remolones!

Comience cada uno a rezar en serio, y seremos todos testigos del formidable impulso que puede la oración imprimir en un hombre y en un grupo de hombres.

Hno. Basilio Rueda

ELECCIÓN DE PROVINCIALES

- 1) **Gran Bretaña:** H. Arthur Kelm. Sesión del 6-7-1972. Segundo trienio.
- 2) **Caxias do Sul:** H. Avelino Madalozzo. Sesión del 15-7-1972. Primer trienio.
- 3) **Italia:** H. Pierdamiano Anfosso. Sesión del 22-7-1972. Primer trienio.
- 4) **Perú:** H. José Ticó. Sesión del 28-8-1972. Primer trienio.
- 5) **León:** H. José González Ordás. Sesión del 11-10-1972. Primer trienio.
- 6) **Irlanda:** H. Declan Duffy. Sesión del 5-12-1972. Primer trienio.
- 7) **Santa María:** H. Pedro Weschenfelder. Sesión del 5-12-1972. Primer trienio.
- 8) **Alemania:** H. R. M. Maierbeck. Sesión del 30-5-1973. Tercer trienio.
- 9) **Iberville:** H. Urbain Beauvais. Sesión del 30-5-1973. Primer trienio.
- 10) **Portugal:** H. Diamantino José. Sesión del 19-6-1973. Segundo trienio.
- 11) **Sri-Lanka:** H. Gregory Apuhamy. Sesión del 19-6-1973. Primer trienio.
- 12) **Bélgica-Holanda:** H. Eugène Blondeel. Sesión del 25-8-1973. Primer trienio.

LISTA DE HERMANOS DIFUNTOS (Continuación)
(La notificación de su muerte nos llegó con retraso)

<i>Nombre y edad</i>	<i>Lugar del fallecimiento</i>	<i>Fecha de la muerte</i>
H. Simard Edmour (Adolphe Justin) 80 P	Baie de St-Paul (Canadá)	28 enero 1972
H. Pedro Santos (Pedro Paulo) 46 P	Apipucos (Brasil)	9 febr. 1972

LISTA DE HERMANOS FALLECIDOS
a partir del 1º de abril de 1972

<i>Nombre y edad</i>	<i>Lugar del fallecimiento</i>	<i>Fecha de la muerte</i>
H. Charles De Coninck (Louis Isidore) 57 E	Mont St. Guibert (Bélgica)	5 abril 1972
H. Michel Pujade (Mery) 91 E	Guatemala (Guatemala)	7 » »
H. Ronald Mckay (Jordan) 69 E	Wanganui (N. Zelanda)	14 » »
H. Felipe Puras (Anastasio José) 58 E	Palencia (España)	21 » »
H. Joseph Stegemann (Josef Ludgerus) 85 E	Furth (Alemania)	4 mayo 1972
H. Antoine Bruyère (Marie Casimir) 66 E	N-D de l'Hermitage (Francia)	18 » »
H. Kevin G. McAloon (Paulinus Basil) 51 E	Auckland (N. Zelanda)	21 » »
H. John Martin Gerber (Lucianus) 55 E	Bendigo (Australia)	22 » »
H. John Patrick Quin (Leon Desmond) 67 P	Wellington (N. Zelanda)	31 » »
H. Ignacio Duque (Ignacio María) 64 E	Palmira (Colombia)	1 jun. 1972
H. George Harnois (George Xavier) 67 E	Desbiens (Canadá)	6 » »
H. Edmond Scheyder (Edmond Val) 57 P	St-Genis-Laval (Francia)	11 » »
H. Virgil Philpott (Richard James) 66 E	Wellington (N. Zelanda)	19 » »
H. Wolfgang Schoberl (Gilbert) 89 P	Santa Maria (Brasil)	19 » »
H. Vincent Lamble (Eugène Vincent) 67 P	Durban (Africa del Sur)	26 » »

<i>Nombre y edad</i>		<i>Lugar del fallecimiento</i>	<i>Fecha de la muerte</i>
H. Jules Frison (Elie Ferdinand)	86 E	Ginasio (Brasil)	2 julio 1972
H. Alfred Flouret (Marie Eustache)	85 E	Beaucamps (Francia)	3 » »
H. Mario Cellone (Zenón Mario)	53 E	Darregueira (Argentina)	5 » »
H. Francisco Izaguirre (Francisco de Asís)	64 P	Anzuola (España)	6 » »
H. Noël Marcou du Trémoul (Louis Maixent)	87 E	St-Genis-Laval (Francia)	8 » »
H. Victorin Brun (Léon Casimir)	66 P	St-Paul-3-Châteaux (Francia)	8 » »
H. F. Casanoves Carrobe (Crisóstomo)	80 E	La Cisterna (Chile)	9 » »
H. Aloys Schmitt (Aloys Schmitt)	79 E	Furth (Alemania)	19 » »
H. Joseph Borne (Siméon)	94 E	Alta Gracia (Argentina)	25 » »
H. Nicolás Echeverría (Miguel Enrique)	79 E	Avellanas (España)	1 ago. 1972
H. Octavio Velasco (Fidel Joaquín)	55 E	Ibagué (Colombia)	6 » »
H. Reginald O'Hearn (Lignon Thomas)	84 E	Sydney (Australia)	7 » »
H. Gustave Chastanier (Dauphin)	86 E	Guadalajara (México)	12 » »
H. Adélaré Lirette (Peter Anthony)	81 E	Tyngsboro (E. Unidos)	12 » »
H. Barbosa Rosell (Vito)	81 E	Tlalpan (México)	15 » »
H. Bartolomé F. Soms (Guiberto José)	78 P	Curicó (Chile)	17 » »
H. Nicoláo Alcido (Ubaldo)	50 P	Viamão (Brasil)	17 » »
H. Emile Becker (Adventeur)	60 E	Aulnois-s-Seille (Francia)	22 » »
H. Euclide Leclerc (Joseph Robert)	85 E	Tyngsboro (Estados Unidos)	26 » »
H. Edward Clarke (Patrick)	71 P	Inanda (Africa del Sur)	26 » »
H. Alfredo Manú (María Lorenzo)	50 E	Cardón (Venezuela)	27 » »
H. Michael Donnelly (Flavius)	55 P	N. Balwyn (Australia)	27 » »
H. Fidel Fernández (Fidel)	28 P	Sierra de Gredos (España)	30 » »
H. Agostino Borfiga (Guglielmo)	79 E	Carmagnola (Italia)	31 » »
H. Domina Choquette (Louis Felicité)	74 P	Alma (Canadá)	4 sept.1972

<i>Nombre y edad</i>		<i>Lugar del fallecimiento</i>	<i>Fecha de la muerte</i>
H. Maurice Teisseire (Guy Maurice)	58 E	Roma (Italia)	5 sept. 1972
H. Mauricio Pagés (Pablo Vicente)	75 E	Gerona (España)	7 » »
H. Paul Romain (Désiré Paul)	87 E	Beaucamps (Francia)	8 » »
H. Alfred Legros (Paul Zacharie)	62 E	Kutama (Rodesia)	16 » »
H. Leo Guilherme Rech (Paulo Salvio)	57 P	Caçador (Brasil)	4 oct. 1972
H. Félix Vila (Ramiro)	89 E	Castilleja (España)	7 » »
H. John Hawthorne (Justin Bernard)	38 P	Sydney (Australia)	12 » »
H. William Kelly (Mary Dorotheus)	53 E	Glasgow (G. Bretaña)	16 » »
H. Mansuetto Buzzi (Mansuetto)	48 P	Ilhota (Brasil)	18 » »
H. Edward Glaser (Michel Edward)	77 E	Campinas (Brasil)	18 » »
H. Moisés Mediavilla (Maximiliano)	60 E	Guatemala (Guatemala)	23 » »
H. Lorenzo Olmo (Arterio)	75 E	Luján (Argentina)	27 » »
H. John Desmond (Kevin Crispin)	61 E	Wellington (N. Zelanda)	30 » »
H. Philippe Harvey (Léon Philippe)	79 P	Château-Richer (Canadá)	2 nov. 1972
H. François Cox (Bertin)	60 P	Malmedy (Bélgica)	5 » »
H. Henry Joseph Minne (Edward Cyrille)	84 P	Santa Maria (Brasil)	7 » »
H. Feliciano Adria (Gil Armengol)	62 E	Avellanas (España)	8 » »
H. José Rachor (Efrén Abel)	53 E	Bom Princípio (Brasil)	9 » »
H. Jean Laurent (Jean)	78 P	N.-D. Hermitage (Francia)	10 » »
H. Paul Allemand (Théophilus)	85 E	Loma Bonita (México)	18 » »
H. Emeric Raez (Itsvan)	62 E	Honolulu (Hawai)	20 » »
H. Jacques Maenen (Léon Pascual)	84 E	Mont St-Guibert (Bélgica)	24 » »
H. Alexis Alosserie (Désiré)	65 P	St-Martin-B. (Francia)	4 dic. 1972
H. Joseph A. Lyons (Celsus)	63 E	Hawthorn (Australia)	5 » »
H. François Varoqui (Conde)	61 P	Péruwelz (Bélgica)	5 » »

<i>Nombre y edad</i>		<i>Lugar del fallecimiento</i>	<i>Fecha de la muerte</i>
H. Martín Redondo (Conrado)	81 E	Buenos Aires (Argentina)	8 dic. 1972
H. Pedro Peña Díez (Emeterio Ignacio)	69 E	Caracas (Venezuela)	10 » »
H. Buenaventura Tresserras (Heriberto)	85 E	S. Salvador (El Salvador)	14 » »
H. Alois Vandevelde (Basilien)	75 E	Mont St-Guibert (Bélgica)	15 » »
H. Jeannotte Alcidas (Joseph Azarias)	85 E	Iberville (Canadá)	15 » »
H. M. Auguste Rochette (Astérie)	98 E	L'Hermitage (Francia)	24 » »
H. Antonio Segura (Ildefonso María)	67 E	Luján (Argentina)	26 » »
H. Jean Chevron (Louis Pothin)	85 E	St-Genis-L. (Francia)	28 » »
H. Modesto Lázaro (Ernesto María)	69 E	Avellanas (España)	30 » »
H. Joseph Ernest Laliberté (Alphée)	73 P	Desbiens (Canadá)	11 ene. 1973
H. Luis Miguel Angel (Luis Miguel)	24 T	Ibagué (Colombia)	17 » »
H. Edward James (James Ryan)	89 E	Sligo (Irlanda)	17 » »
H. Ernest Thyeissen (Marie Ernest)	75 E	Jbeil (Líbano)	21 » »
H. Remi Bomey (Marie Gelase)	91 P	Beaucamps (Francia)	29 » »
H. Vincent Hall (Vincent Dominic)	74 P	Miami (E. Unidos)	31 » »
H. Charles Desset (Charles Fernand)	36 P	Byimana (Ruanda)	1 feb. 1973
H. Noé Gonzaga Silva (Jorge Noé)	69 E	Uberaba (Brasil)	3 » »
H. Jean Joseph Bouvier (Albonus)	87 E	Guadalajara (México)	3 » »
H. Paul Harold Wiegard (Cyril Mathias)	78 P	Fitzroy (Australia)	7 » »
H. Michael Cronin (Michael William)	32 P	Tuakau (N. Zelanda)	8 » »
H. Henri Sastre (André Marcellin)	74 P	St-Paul-3-Châteaux (Francia)	14 » »
H. David Doncel González (Inocencio Luis)	62 E	Viamão (Brasil)	17 » »
H. Andrew Paul Coughlin (Prosper)	71 E	Melbourne (Australia)	25 » »
H. Benjamin Themans (Sigisbert)	65 E	Korbeel-Lo (Bélgica)	3 mar. 1973
H. James Carroll (Pablo Gerardo)	60 E	New-York (Estados Unidos)	6 » »

<i>Nombre y edad</i>		<i>Lugar del fallecimiento</i>	<i>Fecha de la muerte</i>
H. Gustave Lyonnais (Gustave Adolphe)	75 E	Laval (Canadá)	9 mar. 1973
H. Hilaire Pelletier (Louis Hilaire)	62 E	Montréal (Canadá)	13 » »
H. Michael Lang (Paul Canisius)	64 P	Parramatta (Australia)	15 » »
H. Antoine Papillon (Marie Damien)	95 E	Varennnes (Francia)	16 » »
H. Galdino Ziliotto (Policarpo)	60 E	Ribeirão (Brasil)	27 » »
H. Antoine J. Guyonnet (Bernard Antoine)	71 E	N.D. L'Hermitage (Francia)	30 » »
H. André Louis Volle (Michel André)	74 E	N.D. L'Hermitage (Francia)	6 abril 1973
H. François Feuvrier (François Dosithée)	61 E	Bizot (Francia)	12 » »
H. Ludwig Zucker (Lorenz)	52 E	Furth (Alemania)	15 » »
H. Faustino Martínez (Serafín)	88 E	Castilleja (España)	19 » »
H. John Mernin (Hugh)	48 P	Cairns (Australia)	19 » »
H. Anastasio Pablos (Pablo Crisóstomo)	74 P	León (España)	20 » »
H. Antoine Bellemin (Jubin)	66 P	St-Genis-L. (Francia)	23 » »
H. Oswald Roblain (Kilien)	77 P	Mont St-Guibert (Bélgica)	23 » »
H. Victorino García (José Octavio)	68 P	Avellanas (España)	26 » »
H. Pedro Ruiz Valdivielso (Bruno)	93 E	Avellanas (España)	2 mayo 1973
H. Jean Germain Grimaud (Eusebius)	94 E	Villa Marista (Colombia)	3 » »
H. Quírico Sebastián (Fernando Sebastián)	59 E	Vila-Velha (Brasil)	4 » »
H. Marcelino García (Moisés Andrián)	52 P	Catacocha (Ecuador)	11 » »
H. Louis Bonnet (Louis François)	83 P	Iberville (Canadá)	22 » »
H. Ferdinand Bastide (Liébard)	77 P	Blancotte (Francia)	26 » »
H. Sylvain Terretaz (Marie Cécilien)	70 E	N.D. L'Hermitage (Francia)	9 junio 1973
H. Jean Schafer (Ernest Jean)	66 E	Korbeek-Lo (Bélgica)	12 » » »
H. Alphonse Baillargeon (Edmond Alphonse)	84 E	Tyngsboro (Estados Unidos)	28 » »

ESTADÍSTICA GENERAL DEL INSTITUTO (1º de enero de 1973)

Provincias y Viceprovincias	Junio- res	Postu- lantes	Novi- cios	Profesos tempo- rales	Profesos perpe- tuos	Estab- les	Total	Alumnos	Falleci- dos en 1972	Casas
							Profesos			
Administración general						15	15			5
Africa del Sur	2	-	-	6	35	23	64	3.527	2	11
Alemania	61	-	2	8	56	57	121	2.171	4	6
América Central	211	21	13	55	121	88	264	15.895	3	29
Beaucamps	-	-	-	13	63	41	117	6.300	5	19
Bélgica-Holandia	-	1	-	11	116	81	208	7.599	3	23
Bética	236	6	3	33	152	64	249	12.287	1	23
Brasil Septentrional	20	19	-	7	57	47	111	16.431	2	18
Castilla	252	8	6	28	132	40	200	7.221	2	12
Cataluña	180	13	10	69	148	61	278	11.529	3	21
Caxias do Sul	35	-	-	4	41	18	63	5.570	2	13
Chile	132	6	4	37	72	43	152	7.000	3	13
China	18	1	5	10	58	40	108	16.442	1	12
Colombia	33	1	-	9	54	85	148	12.531	2	18
Córdoba	71	5	4	14	92	41	147	5.315	2	10
Desbiens	23	5	-	7	59	38	104	3.764	2	10
Esopus	-	30	-	38	106	84	228	10.810	-	24
Gr. Bret.-Irlanda Nigeria	101	5	2	38	92	44	174	7.500	1	22
Iberville	319	9	8	28	188	116	332	10.951	4	31
Italia	128	4	-	15	59	66	140	3.292	2	10
León	260	16	5	28	149	38	215	8.065	3	12
Levante	174	4	8	23	75	67	165	9.995	-	13
Lévis	130	1	1	9	93	58	160	6.696	2	22
Luján	81	4	4	20	73	59	152	7.458	3	11
Madrid	266	19	15	43	79	40	162	8.587	-	15
Melbourne	9	-	14	51	108	52	211	10.597	3	30
México Central	43	42	6	65	82	48	195	16.414	3	23
México Occidental	100	10	11	61	141	66	268	20.464	2	31
Norte	148	3	-	28	148	52	228	9.531	1	17
Hermitage. S-O	-	-	-	13	123	75	211	7.523	5	30
N. Zelanda	66	9	2	77	132	82	291	10.852	5	33
Perú	84	10	4	36	42	46	124	9.211	-	15
Porto Alegre	14	-	1	16	97	49	162	19.419	2	16
Poughkeepsie	-	8	-	30	108	86	224	10.300	3	17
Portugal	189	4	5	14	41	34	89	4.258	-	14
Río	61	-	5	6	45	69	120	16.150	-	17
S. Genis-Laval	2	1	-	19	163	79	261	9.111	3	36
Sta. Catarina	103	8	4	19	53	19	91	5.062	1	13
Sta. María	65	2	2	18	85	24	127	8.351	2	14
Sao Paulo	65	-	1	10	59	60	129	15.171	2	14
Sud-Este	40	1	1	2	52	32	86	3.220	3	9
Sydney	22	23	34	65	253	107	425	17.885	4	40
Varennes	46	2	-	14	46	54	114	5.564	1	12
Zaire-Ruanda	20	19	19	52	44	26	122	12.123	2	13
Viceprovincias										
Ceilán	19	3	-	21	16	14	51	5.357	-	7
Irlanda	75	-	-	11	35	15	61	2.730	1	10
Líbano-Siria	13	2	2	4	17	19	40	4.928	1	4
Madagascar	70	-	1	17	20	11	48	5.216	-	8
Filipinas	12	21	9	30	21	17	68	11.205	-	10
Suiza-M.	5	-	-	1	15	17	33	691	-	5
Uruguay	40	-	-	9	29	23	61	2.948	-	8
Venezuela	161	-	1	12	35	17	64	4.243	2	9
Totales (1-1-73)	4205	346	212	1254	4180	2532	7966	455.460	98	858

HERMANOS MARISTAS POR PAISES DE ORIGEN (1 de enero de 1973)

1. - Africa del Sur	31	32. - Irlanda	75
2. - Alemania	204	33. - Italia	244
3. - Inglaterra	43	34. - Japón	1
4. - Argentina	112	35. - Líbano	3
5. - Armenia	1	36. - Luxemburgo	1
6. - Australia	611	37. - Madagascar	39
7. - Austria	1	38. - Malawi	5
8. - Bélgica	256	39. - México	431
9. - Bolivia	4	40. - Mónaco	1
10. - Brasil	696	41. - Nigeria	76
11. - Camerún	5	42. - N. Caledonia	2
12. - Canadá	593	43. - N. Zelanda	252
13. - Ceilán	42	44. - Perú	15
14. - Chile	21	45. - Filipinas	40
15. - China	91	46. - Polonia	2
16. - Colombia	131	47. - Portugal	90
17. - Cuba	18	48. - Rodesia	6
18. - Dinamarca	1	49. - Rusia	1
19. - Escocia	62	50. - Ruanda	43
20. - Egipto	2	51. - Salomón	6
21. - El Salvador	13	52. - Samoa	8
22. - Ecuador	2	53. - Suiza	34
23. - España	2.313	54. - Siria	6
24. - Estados Unidos	441	55. - Checoslovaquia	8
25. - Fidji	10	56. - Tonga	1
26. - Francia	805	57. - Turquía	3
27. - Grecia	23	58. - Uruguay	5
28. - Guatemala	9	59. - Venezuela	1
29. - Holanda	14	60. - Yugoslavia	6
30. - Hungría	8	61. - Zaire	26
31. - India	2	62. - Zambia	1

Tipografia sanpiodecimo - Via degli Etruschi, 7-9 - 000185 ROMA